

4040

EL TEATRO
MODERNO



MARIA
GUERRERO

EDUARDO MARQUINA

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL

Gago
XXIX



Digitized by the Internet Archive
in 2013

<http://archive.org/details/enflandessehapue3356marq>



EL TEATRO

MODERNO

Director : LUIS URIARTE

Eduardo Marquina

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL

Se estrenó en el Teatro Urquiza, de
Montevideo, el 27 de julio de 1909,
y en el de la Princesa, de Madrid el
18 de diciembre del mismo año.



PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES

PERSONAJES

Magdalena Godart... ..	<i>Sra. Guerrero.</i>
María Herkey... ..	<i>Srta. Cancio.</i>
Isabel Clara... ..	<i>Sra. Bárcena.</i>
Paulota Groninga.....	— <i>Salvador.</i>
Berta... ..	— <i>Bueno.</i>
Una aldeana... ..	— <i>Jiménez.</i>
Albertino... ..	— <i>Blanco.</i>
Don Diego Acuña de Carvajal...	<i>Sr. Diaz de Mendoza.</i>
Francisco Valdés... ..	— <i>Thuillier (1).</i>
Juan Pablo... ..	— <i>Patanca.</i>
Mander... ..	— <i>Juste.</i>
Hans Bol... ..	— <i>Cirera.</i>
Barón Montigny... ..	— <i>Guerrero.</i>
Martín Fiobel... ..	— <i>Carsi.</i>
Don Juan de Bracamonte... ..	— <i>Martínez Tovar.</i>
Don Luis Gaitán... ..	— <i>Vargas.</i>
Potter... ..	— <i>Urquijo.</i>
Zapata	— <i>Girardier.</i>
Romero... ..	— <i>Montenegro.</i>

(1) Creo cumplir con una obligación gratísima haciendo constar aquí mi agradecimiento para con el ilustre actor don Emilio Thuillier, que al estreno de esta obra consistió en aceptar un papel secundario como éste. Mi natural interés de autor procurando para la obra un reparto brillante, encontró aliados naturales en la generosidad, el espíritu de compañerismo y el entusiasmo artístico de Emilio Thuillier y del señor Martínez Tovar. (Este último representó el papel de Valdés en el estreno en Montevideo.) Que muchas gracias les sean rendidas.—E. M.

A la memoria de todos los muertos generosos que lejos de la patria España tienen sepulcros de frío y de olvido, para renovar en ellos un tributo consciente de honor y piedad, escribo este canto.—E. M.

*A María Guerrero y Fernando Díaz
de Mendoza, con todo cariño,
E. MARQUINA*

ACTO PRIMERO

ESPAÑA Y FLANDES

Representa la escena el interior de una pequeña hacienda campesina en el Brabante, entre Amberes y Malinas. El aspecto general de los "cabarets" de Teniers. En el fondo derecha, una puertecita que abre al campo. Pequeño muro, arrancando del fondo, junto a la puertecita y formando corredor para llegar a ella. En la pared lateral derecha, una puerta que comunica con el interior de la hacienda. En la pared lateral izquierda, una ventanuca alta, sin cristales, con postigo de madera jugando al interior. En la pared del fondo, una ventana grande con repecho practicable y macetas floridas. Mesa de nogal, bancos, sillas y un armario con poterías, pipas y jarros de cerveza. Crepúsculo. Al levantarse el telón se oyen a lo lejos disparos, alaridos y mosquetazos de los españoles, que tocan arma a la vecina aldea. En escena estarán Paulota Groninga que, por la puerta del fondo, mira al campo, y Magdalena Godar que, por la ventana lateral, sigue ansiosamente los destrozos de la aldea.

- JUAN. *(Saliendo a escena por la lateral derecha, después de mirar en torno cautelosamente.)*
¿Qué hay por la senda?
- CRON. *(Volviéndose.)*
¡Ni alma que se vea!
- MAGD. *¡Y el saco sigue!*

- MARIA. *(Que estará delante de la ventana para seguir, como su hija, los incidentes del saco.)*
¡Y quemarán la aldea!
- MAGD. Ya incendiaron las aspas del molino,
y el fuego por el aire abre camino.
- JUAN. *(Gritando, acercándose a la lateral derecha.)*
¡Martín Frobel!... ¡Da tregua a la faena!
- MAGD. *(Solicita, acercándose a su padre.)*
Padre, ¿puedo servirlos en algo?
- JUAN. Magdalena,
los españoles tornarán a Amberes
llevándose el botín; cuatro mujeres
y dos viejos que estamos
en esta choza, ¿qué queréis que hagamos?
¡Cuitado Martín Frobel!
- MAGD. A eso atiendo.
- JUAN. El... la prensa... los libros...
¡Es horrendo!
- MAGD. *(Desde el fondo.)*
¿Qué habláis los dos?... ¿Qué pasa?...
¿Sospecháis que vendrán contra la casa?
- JUAN. No sé nada, mujer.
- MARIA. ¿Y si vinieran?...
- JUAN. ¡En nombre del Señor, les abriría!
- MARIA. ¡Nunca, abrirles!... ¡Convéncele, hija mía!
- MAGD. ¡Falta que ellos también se convencieran!
- MARIA. Por modo que aquí estamos
peor que en la ciudad, y más vendidos;
entonces, ¿para qué la abandonamos?
¡Dios ciega a los que quiere ver perdidos!
- JUAN. ¿Desesperas de Dios?
- MAGD. ¡De quien lo hiciera!
- JUAN. ¡Ya no espero, hace tiempo, en nada humano!
¡Flandes, tierra de ruina,
sin hijos, sin defensa y sin bandera:
España, armada, sobre ti camina,
y el Señor te ha dejado de su mano!
- MARIA. *(Reuniéndose en el fondo con Paulota.)*
¿Oyes, Paulota?... Tiemblo de congoja...
sospechan que vendrán...
- GRON. ¡Dios nos acoja!

- MARIA. ¡Y ayer hicimos provisión de harina!
- GRON. ¡Y está cociendo el pan en la cocina,
que hice la masa para la semana!
- MARIA. ¡Y el vino!
- GRON. ¡Compré nuevo esta mañana!
- MARIA. ¡Y el oro que a guardar nos dió el Concejo
y la prensa del viejo!...
- GRON. ¡Y el cuadro grande del señor Juan Pablo,
que Mander, en Amberes, me decía
que buenos mil ducados le valdría!
- MARIA. ¡Y la paja y la vaca en el establo!
- GRON. *(Cambiando de tono.)*
Por cierto...
- MARIA. *(Adivinando, sonriente, ganada de pacífica alegría.)*
¡No me engañes!... ¿Te adivino?...
- ¡Ay, cuánto sufriría
con la yacija estrecha que tenía!...
Dicen que las conforta pan y vino...
- GRON. ¡Le he dado ya a beber!
- MARIA. ¿Y está contenta?
¿Cuántos son los nacidos? ¡Cuenta, cuenta!
- GRON. Dos ternerillos, rubios como el oro;
el pelo tan fino
como borra de paño brabantino,
blanda y liviana al tacto.
- MARIA. ¡Qué tesoro!
- ¿Y saltan?
- GRON. ¡Bien quisieran! Pero es ella
tan de suyo juiciosa, que atropella
por los mismos impulsos de sus hijos,
y entre sus patas los mantiene fijos
como en un ancho abrazo,
apretándoles bien contra el regazo;
por modo que ellos triscan y combaten
y, más que saltan, laten;
¡dos nuevos corazones que ella tiene
y a que se aparten de ella no se aviene!
Las cabecitas de los dos culminan,
inquietas, por encima de los flancos,
y, más que distinguirse, se adivinan

- las frentes rojas, los morritos blancos...
¡y la madre les brinda, por almohadas
y cabezal, las ubres sonrosadas!
- MARIA. ¡Qué hermosura!... ¿No escuchas, Magdalena?
MAGD. ¡Escucho el alarido
del pueblo en armas y el cañón que truena!
- MARIA. ¡Cuitados!... En mal punto habréis nacido.
(*María se dispone a salir por la puerta del fondo.*)
- JUAN. ¿Adónde vas, María?
MARIA. (*Un poco cortada.*)
Si das venia, al establo dirigía
mis pasos...
- JUAN. ¿Al establo?
¿No cuida de él la moza?
- MARIA. Sí, Juan Pablo;
pero... ya ves... quisiera...
- JUAN. Yo no quiero:
que entre él y nuestra casa está el sendero
y hay peligro en cruzarlo.
- MARIA. Bien, espera;
no es que lo niegue... pero yo quisiera...
¡ay, Señor!... Ya comprendo
que ahora no está en sazón lo que os diría.
Arde a dos pasos un casar; el día
alumbra muertes, lutos, ¡es horrendo!
pero...
- JUAN. ¿Acabas, María?
MARIA. Acabaré... Yo sufro y peno y lloro
por todo el mal que nos están haciendo,
Juan Pablo; pero, ha poco, cuando oía
que la vaca ha tenido en la establa
dos terneros de oro...
- MAGD. (*Interesada ya.*)
¿Dos?
- MARIA. ¡Y tienen los dos, precisamente,
blanco el hocico y púrpura la frente!
- MAGD. ¡Qué hermosos!
- MARIA. Cuando Paula me contaba
cómo triscan, tan vivos,
y cómo, con las patas, les recoge

la madre, y en su seno les acoge
 a la vez, abrazados y cautivos,
 yo olvidé sangre y muerte
 y el enemigo cerca, en asechanza,
 y el mal seguro y la dudosa suerte,
 ¡y abrí el alma a la vida y la esperanza!
 Dame venia, Juan Pablo... iré advertida...

MAGD.

Y yo, si tú me dejas, la acompaño.

MARIA.

Ya lo ves, no nos pasa ningún daño:
 no es todo muerte el mundo; ¡aún queda vida!

JUAN.

(Efusivo, llegándose a ella.)

¡Ah, María Berkey, tú eres mi tierra!
 Sí; con ella id las dos y proveeos
 de vida y de deseos
 que entregar a las llamas de la guerra...
 Tú tráeme en esta mano,
 mano de honrada paz y buen gobierno,
 todo el calor y todo el vaho tierno
 del recental enano.

Tú, Paulota Groninga, con tu brazo
 robusto, de gañana y campesina,
 haz lumbre en el establo a tu madrina
 y arrímale las crías al regazo.

Y tú, mi hija mayor, mi Magdalena,
 toda tan a mi modo en tus hechuras,
 severa como yo, recia y serena,
 sigue a tu madre y piensa que son, vena
 donde se nutre Flandes, sus ternuras...
 Andad con Dios para traerme nuevas,
 cuando podáis, de los recién nacidos.

(A su mujer.)

Mira bien el camino antes que muevas
 los pies... Gritad si os salen forajidos.

MARIA.

No temas; son dos pasos solamente;
 ¡adiós, Juan Pablo!

JUAN.

Adiós, dama María.

MAGD.

(Saliendo ya, a la Groninga.)

GRON.

Dime, ¿y no tienen manchas en la frente?
 Me pareció que el uno las tenía
 blancas...

MAGD.

¿No abren los ojos todavía?

- MARIA. ¡Nunca los abren tan seguidamente!
(*Salen por el fondo, después de cerciorarse que no hay nadie en el camino.*)
- JUAN. (*Con muestras de impaciencia, llegando otra vez a la puerta lateral derecha.*)
¡Martín Frobél! ¡He dicho que acabarás!
¡Y en casa mando yo!
- MART. (*Saliendo por la lateral derecha, vueltas las mangas del jubón, sucio lo blanco de la camisa y sucias sus manos con tinta de imprenta; con un pliego grande, que examina satisfecho.*)
Perfectamente.
Los caracteres claros, la escritura limpia y la estampa del Maestro en medio, con tanto ajuste, que parece a plomo. Pintor Juan Pablo, lo haces de manera que das bulto y color a la madera.
(*Va a mostrar la prueba, y parece sorprenderle el ruido de mosquetería que entra por las ventanas.*)
¿Qué ruido es éste?
- JUAN. (*Secamente.*)
Acaban con la aldea.
- MART. ¿Intentarán quemarla?
- JUAN. ¡Ya está en llamas!
- MART. ¡Váleme Dios!
(*Sigue mirando el papel.*)
¡Ah, no, no, no! ¿Qué es esto?
¿David sin D inicial?... ¡Tamaño lapso, prensa de Frobél no has de darlo al mundo! Voy a embezar de nuevo...
(*Dirigiéndose a la lateral derecha.*)
¡Isabel Clara!
- JUAN. Pero ¿qué haces. Martín? Pues ¿no te he dicho que dieras ya de mano a la faena?
- MART. ¿Pues no me ves aquí? Ya di de mano; sino que encuentro un lapso en esta prueba, y quisiera enmendarlo... ¡Isabel Clara!
- JUAN. ¿No viene?
- MART. No habrá oído... el ruido, acaso...
- JUAN. ¿Qué ruido?

MART.

¡El de la prensa!

JUAN.

¿Luego sigues

trabajando, sin ver el mal que causas?

MART.

Yo no... lo dejé todo, obedeciendo;
pero tu hija Isabel quedó imprimiendo,
por diversión, como de juego...

JUAN.

¡Basta!

¡Paso del medio siglo, y no hallé ejemplo
de mansa terquedad como la tuya!*(Llamando a su vez.)*

¡Isabel Clara, aquí!

ISABEL.

(Saliendo.)

¿Qué ocurre, padre?

MART.

*(Sin pensar ya más que en su errata, a Isabel Clara.)*Vamos a ver los dos si habrá manera
de corregir...

JUAN.

Calla un momento, Frobel.

*(Ha dicho estas palabras con cierta alarma en la voz; va junto a la ventana grande y escucha..)*Ni el ruido de un mosquete, ni un redoble;
todo acabó. ¡Dios guarde a los vencidos!*(Se descubre y parece rezar; vuelve a dirigirse a los que están en escena.)*No queda espacio que perder; el día
alumbra aún claro y tienen los del tercio
tiempo de regresar antes que acabe.Les traerá hasta nosotros el sendero
y acaso entren en casa, Martín Frobel.

MART.

¡Mi prensa!

JUAN.

¡Tú lo has dicho!

MART.

Estoy perdido.

JUAN.

Tu prensa: la palabra para todos,
la verdad para todos, triunfadora
de toda tiranía, transportandola voz de Dios a todos los hogares,
por sobre el tribunal de la Indulgencia

y sin que Roma cobre el diezmo, Frobel...

Tu prensa, el gran pecado, Dios sin velos,
como aquel día del mayor milagro

cuando, al morir Jesús, se abrió el del templo.
Si dan con ella, estás perdido, Frobel;
ni tú te salvarás, ni ella se salva;
que pobre, humilde y viejo, con tu prensa,
¡tú eres la libertad, y ellos; España!
Pero... ¿qué medio?

MART.

JUAN.

Hay uno.

ISABEL.

Destruirla...

MART.

Jamás... ¡antes mi sangre caiga en ella
y rojo impriman sus postreros golpes!

JUAN.

Viejo amigo Martín, no es tanto el riesgo.

MART.

Dí...

ISABEL.

Cuitado maestro, ¡cómo sufres!

JUAN.

Por una noche, accede a separarte...

MART.

¿De mi prensa?

JUAN.

(Señalando hacia la lateral derecha.)

Debajo de esa mesa

tiene su entrada el sótano mezquino
de esta hacienda, y en él la esconderemos
unos días...

MART.

Respiro... ¡Sí, Juan Pablo;

como quieras se hará, cuando lo mandes!

Y yo mismo te ayudo; ya he cargado

muchas veces con ella, y sé llevarla...

¡Qué alegría!... mi prensa... Al fin, es ella

mi oficio, mi afección y mi familia!

(Abrazando a Isabel Clara.)

¡Ya se salvó mi prensa, Isabel Clara!

¡De todo corazón, gracias, Juan Pablo!

(Juan Pablo y Martín Frobel salen por la lateral derecha a esconder la prensa. Isabel Clara se queda, mirando la catástrofe lejana. Empujando la puerta del campo, que quedó entreabierta, y sin anunciarse, en traje de marcha, con un hato al hombro y gorra de pelo, entra Mander en la estancia.)

ISABEL.

Mander... ¿de camino?

MAND.

Salgo

de Brabante, tierra floja,

donde, porque alguien habló

de paz, las armas estorban...

ISABEL. Sentaos.

MAND. No queda tiempo;
ganar la senda me importa
primero que entren en ella
las panteras españolas.

ISABEL. ¿Llamo a mi padre?

MAND. No falta...

Dile que a Mander le enoja
recibir aquí la paz
de enemigos a quien odia.
Que estoy contra España, igual
que en aquellas negras horas,
cuando llevaron a Flandes
con su príncipe a la horca...
No se quejará Juan Pablo
de mí; sus órdenes todas
he cumplido: moví gentes,
alcé pueblos, compré chozas;
donde hubo hogar, arrimé,
para la guerra mi antorcha;
si hoy con la paz os halagan,
a mí la paz me es odiosa,
y marchó a Holanda; allí juntan
nuestros príncipes sus tropas.

ISABEL. Lo diré así.

MAND. (*Marchándose.*)

Y porque quiero,
si en tiempos futuros torna
mi maestro a sentir viva
la causa de Flandes toda,
ser como lo fuí, su brazo,
le añadirás que no estorban
distancias a almas hermanas;
que con la esperanza sola
que ha de volver a llamarme,
se parte mi alma gozosa.
Nada más.

ISABEL. ¿No queréis verle?

MAND. Antes lo evito; que en horas
como ésta, las almas son
fuertes y la carne es floja.

- Con Dios queda, Isabel Clara.
- ISABEL. *(Acompañándola.)*
¡Que El os guíe, y El disponga
de vuestros pasos!
- MAND. *(Después de una vacilación.)*
Tu hermana...
¿dónde está?
- ISABEL. Salió a la choza.
¿No aguardáis que torne?
- MAND. No.
Partir sin verla me importa.
(Acercándose a Isabel Clara.)
Tu hermana, Clara Isabel,
como es bella y como es moza,
viendo desde alto la vida,
piensa que es senda de rosas...
De sus amigos recela,
con sus adversarios goza;
juega con brasas... ¡Dios quiera
que no le llegue su hora!
- ISABEL. *(Alarmada.)*
¿Queréis decir...?
- MAND. *(Frio.)*
Nada, al cabo...
lo digo yo... ¿Qué le importa?
(Abraza a Isabel Clara y se dispone a salir.
Cuando ya está a punto de franquear la puerta,
aparece en el marco de la ventana del fondo
Magdalena y grita risueña.)
- MAGD. Isabel... ¿no conoces la nueva?
- ISABEL. ¡Ella!
- MAND. *(Decidiéndose, casi escapando.)*
¡Adiós!
- ISABEL. *(Natural.)*
Está aquí; ¿no os quedáis?
(Ha desaparecido; cabizbaja Isabel Clara, va
hacia su hermana.)
- MAGD. Isabel, ¿no conoces la nueva?
- ISABEL. ¿De qué nueva me quieres hablar?
- MAGD. *(De un salto se encarama sobre el repecho de*
la ventana, y allí, sentada, con las piernas afue-

ra y ladeando el cuerpo hacia su hermana para hablarla, dice:)

Con la madre y la buena Groninga
—¡si tú vieras que alegres están!—

nos salimos de casa hace un rato
y nos fuimos las sendas allá,
donde está la casona arruinada,
que en establo ha venido a parar...

—¡mala puerta, si pasan soldados,
que del quicio soltándose está!—

Con el hombro la abrió la Groninga;
nos entramos las tres al zaguán.

Poco espacio en el antro; unas tablas
donde hay hierba tendida a secar,

unas vigas muy bajas y negras,
en los muros color de humedad
y una franja de lumbre delgada
que se filtra de un roto cristal...

Se metió en el corral la Groninga;
detrás de ella empezamos a andar,

y sentí en el calor del establo,
como un baño de calma y de paz
que, abrigado de tierra caliente,
cuando empieza el invierno a aflojar,
sube toda la savia a sus brotes
y se cuaja de flor el rosal...

—¿Dónde está la Groninga?...—Allá lejos,
dice madre—y la veo asomar,

por detrás de la vaca tendida,
las dos manos sobre el espaldar,
la cabeza tocada de blanco,
con que hacía una gran claridad...

Avanzamos las dos en lo oscuro,
y la moza comienza a gritar:

“¡Llegue a prisa, madama María;
no hagan ruido, les van a espantar!”

Y la bestia movió la cabeza

y nos dió una mirada de paz,
y dijeras que hablaban sus ojos...

Y la madre me hacía señal
que pisara, al andar, con cautela,

y empezamos las tres a mirar,
que la vaca ha tenido pequeños...
¡Si tú vieras qué alegres están!

ISABEL. ¿No se ha vuelto contigo la madre?

MAGD. Con la moza quedáronse allá.

ISABEL. Magdalena, ¿y por qué las dejaste?

MAGD. Me tomaron antojos de andar,
de ver campos y verdes colinas
a mis solas; con más libertad...

ISABEL. Los senderos, en tiempo de guerra,
son esquivos.

MAGD. Mi paso es de paz.
Quiero ver las cabañas en ruinas
y el rescoldo aventado en la llar
y los campos sin hombres en ellos
y la tierra partiéndose ya,
con amor de la siembra negada,
la azada partida, los hornos sin pan...
¡tantas voces en tanto abandono
que piden la paz!

ISABEL. ¿Es verdad que al molino del río
le arrancaron la piedra?

MAGD. Es verdad.

ISABEL. ¿Y quemaron las huertas en torno?

MAGD. Y rompieron la esclusa al pasar...
Por caminos perdidos va el agua
¡que hasta el río ha querido llorar!

ISABEL. ¿Y tú, sola?

MAGD. ¿Qué riesgo hay en ello?

ISABEL. ¡Torna a casa!

MAGD. Me pesa de entrar.
El encierro ha durado tres días,
la tarde es tranquilo, la puesta un altar.
Me dan ansias de andar por los campos;
de quebrar el silencio mortal
con canciones; de herir en los ríos,
con guijarros, el limpio cristal,
y que salte la espuma; de abrimme
camino sonoro, las selvas allá,
agitando las ramas, volcando
del nido las crías, a verlas volar...

ISABEL. *(Acercándose a ella, en voz baja, como amonestándola.)*

De pararte al volver de una senda,
o esconderte detrás de un zarzal
a sentir, si los aires abrasan,
y se esconde con miedo el gañán,
y las rígidas lanzas negrean
apresando hasta el aire al andar,
cuando pasan los tercios de España,
qué golpe en las venas la sangre te da.

MAGD. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Magdalena, mi hermana!
¡Por la Virgen! Me espanta pensar,
si esta odiosa quimera no olvidas,
qué amarguras las tuyas serán...

MAGD. *(Riéndose de los miedos de su hermana.)*
He aprendido un romance de guerra;
lo cantaban mujeres de allá,
de ojos negros y trenzas de noche,
que siguen al tercio sin miedo al azar.

ISABEL. ¡Magdalena!...

MAGD. ¿Qué espanto es el tuyo?

¿Ya no es dado a los tercios mentar?
Cuando el sol en sus lanzas se quiebra,
si de lejos les miras andar,
te parece que flota sobre ellos,
como un manto, la lumbre solar.
Traen ardiendo, en sus plumas bermejas,
los rescoldos de un bárbaro hogar
que no cabe en un reino, aunque es grande
y da unos calores que es dulce gustar.

(Hay una pausa. Isabel levanta los ojos al cielo y vuelve al fondo. Magdalena, recostada contra el quicio de la ventana, y como si estuviera cantando para sí, dice en voz alta este romance de la guerra.)

“Capitán de los tercios de España...”

ISABEL. *Temerosa, queriendo hacerla callar.)*

¡Magdalena!

MAGD. “Señor capitán,

”el de la torcida espada,

"de la capa colorada
 "y el buen caballo alazán:
 "si fuera de empresa mía,
 "si mi honor no se oponía,
 "si diera a mi fantasía
 "rienda suelta en este día,
 "ya que partes, capitán,
 "¡contigo me partiría,
 "y a la grupa montaría
 "de tu caballo alazán!

ISABEL. (*Desde el fondo, gritando un poco.*)
 ¡Vana copla de campo de guerra!
 No hagas caso de coplas jamás.

MAGD. (*Siguiendo, imperturbable.*)
 "No me escuchaste, cuitada,
 "y allá va la cabalgada,
 "lanza en puño y rienda holgada,
 "detrás de su capitán...
 "¡Clávame, dueño, tu espada
 "del revuelto gavilán,
 "y llévame amortajada
 "en tu capa colorada,
 "soberbiamente plegada
 "sobre el caballo alazán!

ISABEL. (*Acercándose.*)
 ¡Magdalena!

MAGD. "Y allá lejos,
 "a los extraños reflejos
 "del fosco cielo alemán,
 "cuando, olvidados los dejos
 "de nuestros amores viejos,
 "me traiciones, capitán,
 "si favor tu boca espera
 "de la blanca prisionera
 "que una aventura guerrera
 "libra indefensa a tu afán,
 "¡con mi mano enclavijada,
 "que la muerte hará sagrada,
 "yo he de quebrarte la espada
 "como una espiga tronchada
 "por tu caballo alazán!

"¡Dueña mía, dueña mía,
 "no me digas si te oía,
 "que estaba mi fantasía
 "riñendose con mi afán;
 "para tu gloria y la mía,
 "por tu nombre y mi hidalguía,
 "con su tercio en este día,
 "va a Flandes tu capitán.
 "No me hables, dueña, de olvidos,
 "que embargados mis sentidos
 "de tus hermosuras van,
 "y hollados y escarnecidos,
 "he de traerte, rendidos,
 "diez corazones heridos,
 "en el arzón suspendidos
 "de mi caballo alazán!"

ISABEL. ¡Vana copla de campo de guerra!

MAGD. *(Con prontitud y franca sinceridad.)*

¡Voz de un pueblo sediento de amar!

ISABEL. ¡De oprimir!

MAGD. ¡De matar! ¿Quién lo niega?

El amor también es crueldad.

ISABEL. ¡Qué palabras!... ¡Cambiáronte, hermana!

MAGD. ¡Isabel!... ¿Por qué tarda la paz?

ISABEL. No lo sé... ¿Qué querrias tú de ella?

MAGD. No lo sé...

(Como siguiendo el romance.)

"¡Para aquí, capitán!...

ISABEL. *(Mirándola fijamente a los ojos.)*

¿Casarías con hombre de España?

MAGD. ¡Calla!... padre podría escuchar.

ISABEL. *(Que mira a la lateral derecha y ve entrar a Juan Pablo.)*

¡Cállome entonces!

MARIA. *(Suena su voz un poco lejos, llamando.)*

¡Magdalena!

MAGD. *(Rápidamente, volviendo la cabeza al campo y gritando.)*

¡Madre!

(Se hace pabellón con la mano en un oído como si escuchara algo que le dicen desde lejos.)

- Qué, ¿me buscabais?... Llevo tiempo hablando aquí con Isabel. ¡Corro a encontraros, y daremos las tres la vuelta a casa!
(*Desaparece.*)
- JUAN. (*Como hablando con alguien que queda dentro.*)
Sube ya, y cerraremos... Qué, ¿no subes?
- ISABEL. Pretenderá quedarse con la prensa toda la noche, como ha dicho.
- JUAN. ¡Aguarda,
que esta vez por lo menos se lo estorbo!
(*Gritando, pero dirigiendo la voz hacia la lateral derecha, que Martín pueda oirlo.*)
¡Cierra allí el escondrijo, Isabel Clara, y acércame unos jarros de cerveza, que estoy sediento!
(*Hace a Isabel gesto significativo que aguarde, y viene a sentarse en primer término; en el acto aparece Martín Frobel, que mira a todos lados; Isabel Clara sonríe.*)
- MART. (*A Juan Pablo, con recelo.*)
¿No se habló de jarros?
- JUAN. (*Volviéndose y simulando asombro.*)
¡Ah! ¿tú aquí? Cierra el hoyo, Isabel Clara —y confiesa, Martín, que la cerveza le trastorna al más terco la cabeza.
(*Isabel Clara va al parador por jarros y cerveza.*)
- MART. (*Tomando un escabel y sentándose junto a Juan Pablo.*)
Bien; por lo menos, beberé...
- JUAN. (*Dándole en las rodillas una manotada amistosa.*)
¡Sin duda!
(*Isabel llega con la bebida en una grande azafata. Martín se refriega las manos con beatitud satisfecha. Entran por el fondo, armando bulla y risas, Paulota Groninga, Magdalena y María Berkey.*)
- MART. Ahora no es vicio, es sed.
- JUAN. Así la llaman.
- MARIA. (*Al entrar.*)

¡Juan Pablo!

JUAN. *(Teniendo en la mano el jarro de cerveza que le dió su hija.)*

¿Ya de vuelta?

MARIA. Escucha, escucha...

JUAN. *(Atajándola y dándola el jarro de cerveza que tiene en la mano.)*

Nada digáis, ¡por los recién nacidos!

MARIA. *(Tomando el jarro y levantándolo.)*

¡Por ellos, si tú quieres! Lo merecen.

(Cada cual se apodera de un jarro y, sentados unos y otros en pie, forman cuadro alegre, viviente y colorido, hasta que bruscamente acaba esta situación.)

GRON. ¡Por madama María, que es tan buena y tan lucida y blanca!

JUAN. ¡Por la moza!

MARIA. ¡A ver qué haces, Paulota; tengo celos!

GRON. *(Muy corrida.)*

¿De mí?

MART. ¡Por mis amores enterrados!

¡SABEL. ¡Por que el viejo Martín duerma en su cama!

MART. ¡No, no paso por ello! ¡Con mi prensa!

MAGD. ¡Por la paz!... ¡Que no tarde y siempre dure!

MART. ¡Amén!

MARIA. ¡Que te oiga Dios!

JUAN. *(Gritando seco.)*

¡Callad! Campanas...

(Se oye el toque a rebato de unas campanas en la aldea vecina, como pidiendo auxilio. Todos van dejando los jarros; el último, Martín Frobel. El grupo se descompone conforme avanza el diálogo.)

¡Y tocando a rebato!

MAGD. Es en la aldea.

MARIA. No lo entiendo... ¿Pasaron los de España sin que cuenta nos diéramos?

MART. Lo dudo.

GRON. Nadie pasó, señor, por el camino.

MARIA. ¡Y siguen!

JUAN. Es el toque

con que piden auxilio las aldeas
despues de un saco.

MAGD. ¡Entonces, acudámosles!

JUAN. ¿Quién se arriesga?... Pensadlo. Andan los ter-
[cios,

pues acabó el saqueo, por las sendas...

¡Pero no puede ser! Esas campanas,
al mismo tiempo que la urgencia, indican
que hay ya seguridad en los caminos
para llevar el natural socorro;
es la costumbre.

GRON.

¿No serán, acaso,
los mismos espanoles que se ensayan,
promoviendo este son, a persuadirnos
que está el camino franco, y de este modo
hacer botin en los que salgan?

MAGD.

¡Calla!

JUAN. Pudiera ser...

ISABEL. ¿Qué hacemos?

JUAN. *(Mirando por la ventana grande.)*

Casi es noche;

no lo sé.

MARIA.

¡Y esos bronces, qué bien piden!

MAGD.

¡Les socorriera yo, de todos modos!
*(Suenan en la puerta del fondo, que habrán en-
tornado al entrar las dos mujeres, varios gol-
pes como de quien llamara a ella.)*

VALD.

(Desde fuera.)

¡Ah, de casa!

JUAN.

(Dando un paso.)

¿Quién va?

VALD.

(Entrando.)

¡La paz con todos!

*(Le siguen de cerca dos soldados, Zapata y
Romero, trayendo entre ellos, casi desvanecido
y horriblemente pálido, a don Diego Acuña de
Carvajal, capitán de los tercios. Como los que
traen al herido vienen lentamente, estarán to-
davía detrás del tabique y los de la casa no
les ven, cuando ya el alférez Valdés habla con
ellos.)*

GRON. *(Con pánico visible, retirándose. Natural emoción en el grupo. Sólo Magdalena avanza un poco, con irresistible impulso.)*

¡Un soldado español!

VALD. *(Señalando al capitán, que entra entonces.)*

¡Un hombre herido!

MAGD. *(Viendo al capitán, con espontánea compasión ingenua.)*

¡No puede andar! ¡Está desvanecido!...

(A los dos soldados.)

Tenedle bien...

(La ha visto el capitán y con desesperado esfuerzo se suelta de los que le acompañan, lleva la mano al fieltro y barre el suelo con la pluma, saludando. Se le ve luchar con la debilidad profunda que nace de la sangre perdida para mantener una actitud gallarda.)

D. DIE. *(A Magdalena, saludándola.)*

No es menester, señora.

Antes perdón os pido

de haberos afligido

llegando tan sin arte y a deshora.

MAGD. *(A su padre, pidiendo con la mirada y con las manos juntas.)*

¡Padre!

MARIA. *(A la Groninga.)*

Da compasión...

MART. *(A Isabel Clara.)*

Llévale asiento.

(Isabel Clara y Magdalena, a porfía, se dirigen a un sillón ancho que estará contra el muro, para ofrecerlo al capitán. Juan Pablo asiente con la cabeza.)

D. DIE. *(Deteniendo a las dos con el gesto.)*

Después... Aún he de hablaros un momento.

(Respirando con dificultad.)

Traigo la paz... La mandan desde España:

ya no somos, en Flandes, gente extraña;

hermano os soy y en mi hermandad os cuento.

¡La paz!

JUAN.

D. DIE.

Sí, noble anciano;

y, si esta honrada casa os pertenece,
como en la edad y el tono lo parece,
dadme la paz, señor; ésta es mi mano.
(*Quiere avanzar, tendiendo la mano, y vacila.*)

MAGD. (Como antes.)

¡Padre!

(*Juan Pablo se decide a dejar su sitio, yendo a estrechar la mano del capitán: desde este momento las caras de las mujeres y de Martín Frobel estarán radiantes de satisfacción. Pablo, severo, pero humano, ayuda al capitán a mantenerse en pie.*)

D. DIE. Llegó la nueva al campamento
cuando rodaba el muro hecho pedazos
y ella cumplió su oficio en un momento:

¡todos los brazos encontraron brazos!

Pero sufrió el rigor de su destino
la aldea, el fuego a perdición la mueve;
auxilio está pidiendo: al que lo lleve,
nadie habrá de inquietarle en el camino.

La paz le será guarda y compañía
desde hoy al caminante.

¡Don Diego Acuña, el capitán, lo fía!

Con esto hablé bastante;

cuanto a mí, como llego malherido,
sólo un rincón donde curarme os pido,
por que sigan los míos adelante...

(*Rendido del esfuerzo, parece vacilar; le sostiene Juan Pablo, y dice a Frobel:*)

JUAN. Tu brazo aquí, Martín.

MAGD. (A Isabel.)

Y aquí, acerquemos

silla en que se acomode.

(*Con solicitud a Juan Pablo.*)

¿Le acogemos?

JUAN. Parece bien nacido el castellano,
y en nombre de la paz nos lo demanda.

(*El capitán calla, medio desvanecido, y entre los dos hombres le sientan en el sillón, que acercarán Isabel y Magdalena.*)

MAGD. *(Respondiendo a las últimas palabras de su padre.)*

Herido y sin apoyo, es nuestro hermano:
ya no la paz, la humanidad lo manda.

(El capitán abre los ojos y estrecha a Magdalena la mano, guardándola un momento en la suya.)

JUAN. *(Al alférez.)*

¿En dónde fué la herida?

VALD. *(Levantando la mano del capitán.)*

En esta mano.

JUAN. Martín le curará, que es entendido.

(Pasa Martín, a quien siguen Magdalena y su hermana, a examinar la herida.)

MART. La cuchillada le partió esta vena,
y el perder sangre le ha desvanecido;
da tiempo; ten su brazo, Magdalena.

(Magdalena, con visible emoción, sostiene el brazo del herido. La Groninga, desde hace un rato, viene colocando sobre la mesa paños, vendas, bálsamos y lo demás necesario para prestar auxilio en casos como el de la aldea vecina durante una guerra. A la mesa acude Martín Frobel por lo indispensable para su cura, mientras Magdalena y su hermana hacen grupo con el herido.)

JUAN. ¿Y cómo habéis podido
traerle sin socorros tanto trecho?

(Rodean a Valdés, Juan Pablo, María y Paulota.)

VALD. Capitán y español, no está avezado
a curarse de herida que ha dejado
intacto el corazón dentro del pecho.

Ello ocurrió de suerte
que a los favores de un azar villano,
pudo llegar el hierro hasta esa mano,
que tuvo siempre en hierros a la muerte.

JUAN. ¿Y fué, señor?...

VALD. Y fué que, apenas roto
por nuestro esfuerzo el muro,

salieron de la aldea en alboroto
sus gentes, escapándose a seguro.
Niños, mozas y ancianos,
en pelotón revuelto, altas las manos
como a esquivar la muerte, que les llega
envuelta en el fragor de la refriega,
a derramarse van por los caminos
y los campos vecinos...
Y va a su frente y clama
que les tengan piedad en tanta ruina,
dando al aire sus tocas, una dama
que pone, ante la turba que la aclama,
la impavidez triunfal de una heroína...
Corriendo a hacer botín de su hermosura
la rufa soldadesca se amotina,
y en vano ella procura
en súplicas, en lágrimas deshecha,
acosada y rendida,
entregando su vida,
triunfar de la deshonra que la acecha.
Va a sucumbir; pero en el mismo instante,
una mano de hierro abre a empellones
el cerco jadeante
de suizos y walones,
y el capitán ofrece a la hermosa
la hidalga protección de su bravura...
Domeñado y sujeto
queda el tercio a distancia; ella respira:
“pasad, señora, que por mí os admira
y por mí os tiene España en su respeto”,
dice, y levanta el capitán ardido
la dura mano al fieltro retorcido.
Y en este punto, el hierro de un villano
parte su vena a la indefensa mano.
No se contrae su rostro de granito
ni la villana acción le arranca un grito;
inclina el porte, tiende a la cuitada
la mano ensangrentada
y vuelve a pronunciar: “gracias, señores;
que si sólo he querido
a la dama y su honor hacer honores,

ahora, con esta herida, habré podido ofrecerle en mi mano rojas flores”.

Ceremoniosamente

pasó la dama, él inclinó la frente, y en la diestra leal que le tendía la sangre a borbotones florecía.

MARIA.

¡Digna acción de un soldado!

JUAN.

(Con cierta involuntaria brusquedad.)

Que, dándole acogida

y curando su herida,

espero haber pagado.

VALD.

¡Oh, no penséis, señor, que él, en espera de tan gallardo premio, la cumpliera!

Cuanto por él hagáis, ya que en su ruina compasión os merece,

como paga, es mezquina;

como merced, señor, se os agradece.

(Un poco secamente, saluda y vuelve junto al capitán. María Berkey tira de la manga a Juan Pablo para decirle:)

MARIA.

¿Y todo el fruto de la paz ha sido darle socorro al español herido?

JUAN.

(Volviendo a pensar en los suyos.)

¡Las gentes de la aldea pedían con tal ansia!...

ISABEL.

¡Parpadea!...

(Por el herido.)

MART.

¡Torna el color al rostro!

MAGD.

¡Le salvamos!

JUAN.

(A María Berkey.)

¿Tenemos provisión?

MARIA.

De toda cosa;

llamo a la moza y que nos siga... ¿Vamos?

(Cuando parece decidirse, el capitán, que con la restablecida circulación de la sangre vuelve en sí, dice:)

D. DIE.

¡A mí los del tercio! Ordeno,

(Valdés se adelanta y los dos hombres para que su capitán pueda verles.)

si de esta casa alguien sale con socorros para el Burgo,

que salgáis acompañándole,
y que hasta dejarle en salvo,
nadie se atreva a dejarle.
Haced luego marcha a Italia,
que es condición de las paces
que, en obra de pocos días,
no queden tercios en Flandes.
Tú, Valdés, toma, en la fuerza,
el mando que yo dejare,
porque para hacer mis veces,
te sobra con lo que vales.
No os preguntarán por mí,
que en estos tiempos a nadie
le da lustre haber nacido
segundón de casa grande;
pero si pregunta alguno,
bueno será contestarle
que, español, a toda vena,
amé, reñí, di mi sangre,
pensé poco, recé mucho,
jugué bien, perdí bastante,
y, porque era empresa loca
que nunca debió tentarme,
que, perdiendo, ofende a todos,
que, triunfando, alcanza a nadie,
no quise salir del mundo
sin poner mi pica en Flandes!

VALD.

(Con mucha emoción.)

Capitán: Dios me es testigo
—que de testigos no valen,
donde hablan almas de España,
cuerpos que engendró el Brabante—,
Dios me es testigo, que el mando
que venís a confiarme,
aunque es honra y crezco en ella,
como un castigo me abate.
Camino de Italia el tercio,
vuestra sombra le acompañe,
ya que en serlo pondré yo
mis únicas voluntades.
El mando que vos me dais,

porque es fuerza he de tomarle;
 vuestro sitio en vuestra tropa
 no esperéis que tome nadie...
 Yo iré a la vera del tercio,
 y hará las marchas delante
 vuestro alazán, que, sin vos,
 no ha de haber quien lo cabalgue...
(Volviéndose a los demás.)

Si alguien viene hasta el burgo, doile escolta;
 lo mandó el capitán.

MAGD. *(Con esfuerzo; no queriendo quedarse donde ve un peligro.)*

Voy con vosotros.

D. DIE. *(Súplica que únicamente oyen Isabel y Magdalena.)*

¡No!

(Isabel Clara mira a su hermana; ésta baja los ojos.)

MARIA. Vosotras quedad con Martín Frobel,
 cuidando de la casa y del herido.

MART. *(Para sí.)*

¡Y de la prensa!

MARIA. Dadle mesa al huésped...
 cerrad la puerta, disponed la cena...

JUAN. *(A su mujer, impacientándose)*

¿Vamos?

MARIA. ¡Guarda a tu hermana, Magdalena!
(Magdalena levanta los ojos al cielo. Los que llevan socorros a la aldea salen escoltados por los españoles. La Groninga distribuye algunos fardos y pasa delante. Juan Pablo da el brazo a su mujer y pone su mano sobre el hombro de la moza. Martín Frobel queda junto a la ventana.)

VALD. *(Dejando salir por delante a los demás, torna a despedirse del capitán.)*

Capitán, con pena os dejo.

D. DIE. *(Ironía amarga.)*

Perdonad no os acompañe;
 mas, si he de vivir, hay tiempo,
 y si he de morir, más vale.

- VALD. (*Gran emoción.*)
 ¡Si habéis de morir, y muerto,
 en esta tierra os quedareis,
 tenedla vos por el tercio,
 que el tercio vendrá al rescate!
 ¡Que mientras cenizas vuestras,
 dando en ella, la consagren,
 unidos en vos serán
 sólo un reino España y Flandes!
- D. DIE. ¡Nada temáis...: aún me queda
 vida para cien combates!...
- VALD. ¡Vuestra mano!...
- D. DIE. ¡Y mi alma en ella,
 capitán!
- VALD. (*Casi abrazándole.*)
 ¡No he de olvidarme
 que el nombramiento, don Diego,
 lo escribís con vuestra sangre!
 (*Se abrazan: situación; sale Valdés.*)
- ISABEL. (*A Martín Frobel.*)
 ¿Qué dijo madre?
- MART. Que cerréis la puerta.
- ISABEL. Dijo bien, que ya es tarde.
- MAGD. (*Con interés, desde lejos, sin atreverse a acercarse a él.*)
 ¿Y el herido?
- D. DIE. (*Incorporándose y volviéndose trabajosamente para dirigirse a ella.*)
 Dejad, bajo esta incierta
 veladura de sombras, en olvido
 al huésped y al soldado:
 por compasión, no me lleguéis al lado.
 Dejadme solo... Toda mi energía,
 toda mi fuerza he de juntar ahora
 para llegar con bien al nuevo día...
- MAGD. (*Temerosa, dando un paso.*)
 ¿Por qué os disgusta nuestra compañía?...
- D. DIE. ¡Porque mañana os he de amar, señora!
 (*Magdalena oye con emoción intensa estas palabras: se queda clavada en el sitio. Mirándola.*)

*el herido, dobla poco a poco la cabeza, que tras-
torna la fiebre.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA REPRESION

Representa la escena un espacio cercado, a espaldas de la casa de don Diego Acuña de Carvajal, cerca de Amberes, en el campo. Cierran este espacio, formando un patio irregular y rústico, sencillas bardas de madera: en estas bardas, hacia el fondo derecha, una entrada, sin puerta, formada por dos tablones altos y otro horizontal, con cubierta de paja. Toda la parte izquierda del escenario la ocupa la fachada posterior de la casa, que estará colocada en sentido transversal. En dicha casa, balconada de madera. En el muro de la derecha, en primer término, cobertizo anejo con trampa, destinado a los corrales. Por sobre las bardas de madera asoma la copa de un árbol gigantesco. El cielo, sereno y limpio de las primeras horas de una mañana de mayo. Un grupo de guardias suizos se supondrá detrás de las tablas de madera. Algunos de ellos se estacionan delante de la puertecita de las mis- mas y hablan entre sí. La casa tendrá dos puertas: una con dos peldaños que da acceso a ella, y a su lado otra más pequeña y de menor importancia que comunicará con la cocina y bajas dependencias. Al levantarse el telón, por breves instantes, estará la escena sola, sin otro accidente que los soldados del fondo. Luego se abre la puertecita pequeña y entra en escena la Groninga, que llevará en su delantal, recogido, grano y mortaliza para los corrales.

SOLD. *(Atreviéndose a entrar en el patio, cuando ve asomar a la Groninga.)*

¡Gracia de Dios al alba lisonjera!

GRON. *(Atravesando la escena para abrir la trampa de los corrales.)*

¡Cumplido amanecéis, meser soldado!

- SOLD. (*Acercándose a ella.*)
¿No os quedará, mesera,
del grano, en que sois pródiga, un puñado?
Es para mi caballo, que ha sabido
ganarle al viento, pero está rendido.
- GRON. Caballo y caballero
llamen, meser soldado, a otro granero;
que si mucho padecen,
es todavía más lo que merecen.
- SOLD. ¿Arisca y sin entrañas?
- GRON. (*Acabando de atender a los corrales y cerrando
la trampa.*)
¡Bueno fuera,
cuando potro y soldado
andáis metiendo espanto en el Condado,
que todavía yo vos socorriera!
(*Encoge los hombros desdeñosa.*)
- SOLD. Pues servimos, mesera,
al mismo dueño.
- GRON. (*Volviéndole la espalda.*)
¡No del mismo grado!
- SOLD. Pero...
(*Va a adelantar; se abre en esto la puertecita
pequeña y aparece Potter en escena. El soldado
vuelve a salir del patio, reuniéndose con los su-
yos, que estarán a la parte exterior.*)
- POT. ¿Ha salido Monseñor?
- GRON. Le espera
la escolta armada, como cada día.
- POT. ¿Y dama Magdalena?
- GRON. Todavía
no ha querido mi suerte que la viera.
- POT. (*Mirando de reojo y con ira manifiesta el pi-
quete armado, cuyos hombres asoman de vez en
cuando.*)
¡Veneno se me torna en las entrañas,
mirándoles, la sangrel
- GRON. (*Hablándole con misterio.*)
Me han contado
que incendiaron ayer unas cabañas
donde estaba un rebelde refugiado.

POT. ¡Y dama Magdalena, cada día
más ciega!

GRON. Ama a don Diego.

POT. ¡Error aciago
fué no poner remedios al estrago
cuando apenas nació!
Meser Juan Pablo...

GRON. No es culpado en ello
nuestro viejo señor; bien ha sufrido,
que ha puesto en sólo el tiempo transcurrido
todo blanco el cabello.

POT. ¡Antes ella muriera
que yo a un hombre de España la cediera!

GRON. Cuando se desposaron,
daba el rey español pruebas tan grandes,
que todos afincada imaginaron
la paz perpetua en Flandes.

POT. *(Con desdeñosa ironía.)*

¡La paz!... Tú mira ahora
en qué extremos ha puesto
aquel error funesto,
cegándola en su daño, a tu señora.
(Va enumerando los males con los dedos.)
Meser Juan Pablo errante... Ama a su tierra
y corre, armando levas, el Condado,
rebelde, huraño, a preparar la guerra
y a no vivir con su enemigo al lado.
Monseñor Diego, de su parte, alzado
por España al Consejo de Justicia,
persigue a los rebeldes, amparado
del brazo ejecutor de la milicia.
La venganza, una espada, arma al anciano;
la justicia, otra espada, asiste al mozo,
y los dos, con las armas en la mano,
van al fatal destrozo.
Cuando las dos espadas
se crucen, sin remedio,
cogerán despiadadas
el corazón de tu señora en medio.
*(Apenas termina, cruje la puerta de la casa, que
estaba entornada, y se abre, para dar paso a*

don Diego Acuña y Magdalena. Viste don Diego severo traje, al gusto español de los nobles de la época. Sin decir palabra descienden la gradilla y llegan, encaminándose a la puertecita del fondo, hasta el centro de la escena. Potter, en cuanto les ve, hace a la Groninga señal que guarde silencio, y él y la moza se internan en la puertecita para ver a sus amos, sin ser vistos. Movimiento en los soldados, que hacen formación en lo exterior desde que aparece don Diego.)

- MAGD. (Llegando al centro de la escena.)
¿Tardarás?... No me engañes.
- D. DIE. No te engañó:
sólo dos horas.
- MAGD. Dos eternidades.
- D. DIE. (Risueño, enamorado.)
Fuera yo capitán, como era antaño,
y hablaras con razón de soledades.
- MAGD. Si fueras capitán, te seguiría;
no muerta, como canta la balada,
viva.
- D. DIE. ¿Y si el capitán no lo quería?
- MAGD. ¡Mi propio corazón le colgaría
entre los gavilanes de su espada!
- D. DIE. Pues no soy capitán, soy Consejero,
y amor es poco amigo de consejos.
- MAGD. Por eso abjuro y apartarte espero
de ese oficio de viejos.
- D. DIE. (Incitándola a seguir andando.)
¡Tardo ya!
- MAGD. (Con mohín de disgusto.)
¡Bien te pesa, por mi vida!
No tardes más, volviendo.
- D. DIE. Pues por eso;
todo el tiempo que tardo en la partida
va a cuenta de tardarlo en el regreso.
- MAGD. Si ello es cierto, ve pronto.
- D. DIE. No te digo
"queda con Dios" porque te vas conmigo.
(A un soldado que estará a la puerta.)

¡Mi caballo acercad!
(Desaparece el soldado. A Magdalena.)

La mano...

MAGD. *(Dándole la mano y atrayéndole cuando él la estrecha.)*

¡Un beso!

(Se abrazan: vuelve a aparecer el soldado con el caballo, y ellos dos van juntos hacia la puerta. Potter y la Groninga avanzan un poco para ver mejor.)

GRON. Ella es rayo de sol en el aurora...

POT. El es color de acero y de tormenta.

(Teniéndole un soldado el estribo, cabalga don Diego. Magdalena queda agitando su lienzo blanco.)

GRON. Paloma al aire, el lienzo de ella, ahora.

POT. Huirá del gavián que la amedrenta.

GRON. Toda es oro, a este sol, nuestra señora.

POT. En un ocaso la verás sangrienta.

(Se aleja de la puerta Magdalena. Isabel Clara, apenas acabaron de hablar Potter y la Groninga, asomó en la de la casa, presenciando la despedida de don Diego. La Groninga se interna en la cocina. Potter vuelve a andar hacia la puerta del fondo, y al cruzarse con Magdalena, que viene en busca de su hermana, la hace acatamiento respetuoso y cariñoso en la mano. Magdalena sonríe, agradecida. Sale Potter por el fondo.)

ISABEL. Siempre igual; no pasa el tiempo para ti.

MAGD. Sí pasa, hermana; pero no viene a segarme las mieses, sino a doblarías; tiempo es de mayo, y me trae más rosas cada mañana

ISABEL. Viéndote estaba, y, al verte, reviviendo horas pasadas, cuando tu don Diego herido, a las puertas de la casa, él te contaba sus hechos,

tú, escuchándole, temblabas,
daba el sol, pasaba el sol,
y no acababan las pláticas.

(Habrá en el patio medios toneles y macetas de barro con rosales; mientras Isabel se habrá sentado junto a la mesa, Magdalena va de un rosal a otro cortando flores. Cuando tiene unas cuantas, se sienta junto a su hermana y empieza a hacer un ramo. Le sorprende haciéndolo la entrada de Hans Bol y Berta.)

MAGD. ¡Cuántas noches, al cerrarnos
de recogida, en la estancia,
con tus funestos augurios
me hiciste llorar, hermana!

¿Los recuerdas?

ISABEL. *(Con melancolía.)*

¡Más que nunca!

MAGD. *(Acariciándola, al acercarse a la mesa para dejar en ella algunas flores.)*

¡Pobrecita Isabel Clara,
que le da miedo la vida

y no se atreve a gozarla!

(Imitando la voz compungida de su hermana al darle consejos.)

“Padre no querrá que cases”...

Casé. “Dos sangres, dos razas

os separarán”... Vivimos

en tan estrecha alianza,

que el tiempo, has dicho tu misma,

para nosotros, no pasa.

“No bendecirán los cielos

vuestra unión”... ¡Y el cielo manda

que las sonrisas de un hijo

florezcan en nuestra casa!

Maestra de profecías

no serás, que acaso erraras.

ISABEL. ¡Y así no acaben mis yerros
en profetizar desgracias!

MAGD. No..., porque en una acertaste

¡y plegue a Dios enmendarla!

¡Padre no es nuestro! A sabiendas,

de nuestra casa se extraña,
y, estando don Diego, en ella
jamás ha puesto su planta.

Tan de tarde en tarde viene,
que, desde que estoy casada,
puedo contar los inviernos
por las nieves de sus canas.

ISABEL. Madre tampoco le ha visto
parar, de asiento, en su casa;
va errante por el Condado...

MAGD. ¿Qué irá haciendo?... Diego calla
cuando le pregunto. Al cabo.

que en esta vida agitada
que nosotros tres llevamos,
cambiando asiento y estancia
siempre en servicio del rey,
no nos siga, no me extraña;
yo misma, porque Albertino
no sufriera en las mudanzas,
le he confiado al cariño

de nuestra madre, en su casa.
Pero que tampoco allí
vaya padre; que nos traigan
noticias de él los que errante
por los caminos le hallan,
me llega al alma, y me digo
si habré sido yo la causa.

*(Terminada la faena de coger flores, pensativa
y melancólica, se dirige ahora hacia la mesa)*

ISABEL. Padre a su Flandes adora;
dice...

MAGD. Lo recuerdo, hermana:
dice "quiero hollar de Flandes
todo el suelo con mis plantas;
quiero recoger la tierra
que levanten mis pisadas;
quiero, mientras vivo aliente,
devotamente guardarla,
y quiero, cuando me entierren,
por si lo hace gente extraña,
que sólo cubran mis huesos

- con esa tierra sagrada".
- ISABEL. *(Insistiendo.)*
Padre a su Flandes adora;
si hoy su Flandes amenazan...
- MAGD. ¿Quién?... ¿No dió España la paz?
- ISABEL. La prometió. Las guirnaldas
que festejaron la paz
ya están secas.
- MAGD. Pienso, hermana,
que he sido hasta hoy tan dichosa,
que tenté a Dios... Rosa ufana,
(Cogiendo una rosa abierta y mirándola con melancolía y presentimiento.)
ya se abrió entera mi vida:
sólo falta deshojarla.
(Desde hace un momento se dejará oír un trueno muy cerca de la puerta; las dos hermanas, callándose para parar mientes en él, oirán voces de auxilio que las sobresaltan. Cuando Magdalena se pone en pie para acudir a lo que sea, entran por la puertecita del fondo Hans Bel y Berta, seguidos de dos o tres vecinos, que con muestras de desesperación y angustia rodean a las damas.)
- BERTA. *(Casi a los pies de Magdalena.)*
¡Las buenas damas!
- HANS. *(Lo mismo.)*
¡Señora!
- MAGD. *(Acogiéndolos a todos.)*
Decid... ¿qué ocurre?
- BERTA. *(Juntando las manos.)*
Os pedimos
protección.
- HANS. ¡Por las dos manos
inocentes de vuestro hijo!
- BERTA. ¡De todas nuestras cabañas
se escapan voces de auxilio!
- MAGD. ¿Qué pasa?
- ISABEL. ¡Hablad!
- HANS. *(Apóstrofe inconsciente.)*

¡Vuestra España

da de sí!

Una voz.

¡Por el delito

de amar la tierra en que estamos!

HANS.

¡Nuestra patria!

BERTA.

Han recorrido

con armas todas las casas:

llevan un negro rescripto

y arrastran cuerda de presos

por la comarca; los suizos,

con sus alabardas, hacen

saltar las puertas de quicio,

entran la casa y separan

a los padres de los hijos;

hasta las mujeres prenden,

cuando ellas quieren, con gritos,

mover a los naturales

contra España y sus designios.

¿Y esto dura?

MAGD.

HANS.

Hace tres días.

MAGD.

¿Y es la causa?...

HANS.

Haber sabido

España que, porque ansiamos

romper de una vez los grillos

con que nos atan las manos,

todos nos hemos unido.

Todo el Brabante hizo pacto

de sangre; todos quisimos,

como en tiempos del de Egmont,

correr juntos el peligro.

Hubo traidores, el pacto

se ha descubierto y los suizos,

a sueldo del español,

se encargarán del castigo.

MAGD.

(A Isabel.)

¡Poco ha durado la paz!

BERTA.

¡Señora!... ¡He visto dos hijos

arrancarse de mis brazos

para marchar al suplicio!

MAGD.

¡Horror!

HANS.

Tenéis en las venas

sangre de Godart; venimos
en nombre de él y de Flandes
a reclamar vuestro auxilio.

MAGD. Contad con él. Diego ignora...

BERTA. ¡Señora, es don Diego mismo
quien se llevó, con sus lanzas,
prisioneros a mis hijos!

MAGD. *(Transición.)*
¡Callad!

ISABEL. *(Interviniendo, compadecida de Magdalena.)*
¡No la atormentéis!

¡Salid afuera; el servicio
que le pedís, ya estáis viendo
que se lo niega el destino!

HANS. ¡Afuera corre don Diego
la comarca con los suizos!
¡No queremos tener, viéndole,
ocasión de maldecirlo!...

MAGD. Callad, callad...

HANS. *(Enardeciéndose.)*

En la lengua
que fué vuestra; en la que dimos
el respeto a nuestros padres,
la crianza a nuestros hijos;
¡con las mismas maldiciones
que de labios aprendimos
de nuestro señor Juan Pablo
contra el funesto enemigo!

ISABEL. *(A la mujer, con instancia suprema y persuasiva.)*
¡Salid!

BERTA. ¡Acogednos!

MAGD. *(A su hermana.)*

¡Deja;

que está cambiándose el hilo
de mi vida; que me arrancan
de un sueño largo sus gritos!

*(A Hans Bol: transfigurada, a punto de una
resolución suprema; su hermana la sigue con
ansiedad.)*

Decís que España os castiga;

decís que don Diego mismo
con sus lanzas...

HANS. (*Interrumpiéndola.*)

Aún, viniendo,
sobre el caballo le vimos,
porque quedaban seis casas
de rebeldes sin castigo;
la mía entre ellas... ¡mi nombre
va el último en el rescripto!

ISABEL. ¡Huid!

HANS. (*Vivamente.*)

Los suizos nos cercan:
¡no hay salvación!

MAGD. (*Ironía terrible.*)

¿Y has venido,
cobarde, a que una mujer
te socorra en el peligro,
o a que la hija de Godart,
contra ley, contra el destino,
contra Dios, muestre, en sus hechos,
la sangre de que ha nacido?

HANS. Soy de Flandes, llamo a Flandes;

no hay más razón en mis gritos;
vuestra mano, hecha de tierra,
donde amasaron los siglos
cenizas de vuestros viejos
con sangre de sus martirios,
puede sujetar el brazo
sobre Flandes suspendido;
si lo hacéis, labios os canten,
porque escalasteis un sitio
en donde romper los hierros
que nos tenían cautivos;
si no lo hacéis...

(*Magdalena da un paso hacia el campesino,
como si quisiera sentir más cerca el fuego que
brota de sus palabras.*)

ISABEL. (*Reteniéndola.*)

¡Magdalena!

MAGD. (*Rechazándola, por Hans Bol.*)

Deja. ¡Mando que hable!

BERTA. (*Atemorizada, en voz muy débil.*)
¡Auxilio!

HANS. (*Encendido, transfigurado, frente a frente de la hija de Godart.*)

Si no lo hacéis, vuestro nombre
quede en prenda a los nacidos,
de cómo un amor impuro
corrompe linajes limpios;
si no lo hacéis, estas canas,
este horror, este mendigo,
os hablen, en mí, de aquel
que va por esos caminos
moviendo a Flandes en armas
de un mal paso arrepentido;
si no lo hacéis, contempladle
cómo un último heroísmo
le hace borrar vuestro nombre
de su corazón; ¡el libro
en donde guardan los padres
la memoria de sus hijos!

ISABEL. ¡Calla! ¿Quién eres?

HANS. ¡Soy Flandes;
me acosan, amparo os pido,
y Juan Pablo en estos hombros
puso sus brazos de amigo!

MAGD. ¡Basta ya! ¡Dios con nosotros,
y seguidme! ¡Os doy asilo!

(*Tiene ella que obligarles a entrar en la casa por la puertecita pequeña; los infelices besan sus manos; queda en la escena Isabel Clara, aturdida. Durante la escena anterior, Magdálena habrá roto nerviosamente todas las flores. Isabel Clara aparta aquel despojo para sentarse; cautelosamente asoma por la puerta del fondo Mander.*)

MAND. (*Sin gritar, con voz misteriosa.*)
¡Isabel Clara!

ISABEL. (*Con sobresalto.*)

¿Quién es?

¡Mander!

MAND. (*Imponiéndole silencio, con un dedo en los labios. La misma voz de antes.*)

¿El está en la casa?

ISABEL. No. ¿Sois también perseguido?

MAND. Toda Flandes está en armas; mas no hablo de ello. *Alguien* llega que, hallándole, le pesara.

ISABEL. ¿Mi padre?

MAND. ¡Silencio!

ISABEL. (*Sin poder contener un grito, corriendo a la puerta.*)

¡Padre!

(*Roto, envejecido, con cara de sufrimiento, de lucha y de fatiga; manchado el traje de fango de los caminos, la figura venerable y apocalíptica, aparece Juan Pablo, con la cabeza completamente blanca, en el marco de la puerta.*)

¡Padre mío!

(*Se arroja en sus brazos.*)

JUAN. ¡Isabel Clara!

(*Pausa. Los dos están un rato abrazados.*)

MAND. Bien, acercaos... Traedle, Isabel... que el tiempo falta; que sólo un instante debe permanecer en la casa para deciros adiós.

(*Baja la voz.*)

Nos vienen siguiendo lanzas.

(*A Juan Pablo.*)

Sentaos; él no está aquí; descansad. Luego...

JUAN. No, basta; pues aquí llegué, aquí quedo; la expiación es sobrada.

(*Pausa. A su hija, sonriendo.*)

Pasa del año, Isabel, que tus dos manos de gracia no pusieron sus jazmines en la nieve de mis canas.

(*Le besa las manos varias veces. Isabel estará en un escabel bajo, sentada a sus pies. Mander*

en pie, interviniendo a veces en el diálogo, y lo demás del tiempo vigilando las puertas, como quien tiene y da la sensación de un peligro inminente.)

Hoy vi a tu madre... Ella ignora los peligros que amenazan; cuidadla... fué buena siempre, animosa, alegre, casta como en el cristal de un río la lumbre de la mañana; cuidadla... yo no me marcho sin cariños de dejarla.

ISABEL. Padre, no habléis de marcharos; esto pasará.

JUAN. Sí, pasan los sucesos y los hombres, ¡y yo hice larga pasada! También he visto... a Albertino; tu pobre madre le guarda. ¡Albertino!

ISABEL. Vuestro nieto.

JUAN. Mi hijo dos veces... Jugaba, metiendo en ella las manos, con las hebras de mis barbas... "¡Qué río blanco!", decía; su cabezuela dorada desaparecía en ellas: "¡me cubre, me cubre el agua!..." *(Vuelve a sonreír.)*

Y yo, inclinándome—el juego casi me ponía lágrimas—, le envolvía más, hundiéndole, anegándole en mis barbas: "¡Qué fría el agua, qué fría!..."

MAND. *(Con intención.)*

¡Bien pudo lavar la mancha de su origen!

JUAN. *(Reconvención profunda y dolorida.)*

¡Mander, Mander!

¿A qué tan pobres palabras?
(A Isabel, con intimidación otra vez.)

Ha crecido... Al separarnos,
me hizo juegos con la espada;
¡ya tiene un gesto con ella!

MAND.

¡Flandes verá si lo para!

JUAN.

(*Lo mismo que antes.*)

Mander... ¡me cierro a escucharte!

Tan sólo hay odio en tu alma.

(*Pausa: después de una mirada circular; a Isabel, con temor y con cariño al mismo tiempo.*)

¿Y Magdalena?

ISABEL.

(*Haciendo rápido gesto de incorporarse.*)

¿La llamo,

señor?

JUAN.

(*Timidez de viejo.*)

No, después; aguarda.

(*La acaricia a ella.*)

Ello es que yo, por lavar

la afrenta que imaginaba

haber hecho a nuestra tierra

desde que acogí al de España,

los últimos años míos

los di enteros a mi patria...

Mander me ayudó... ¿verdad?

(*Mander asiente sonriendo.*)

¡La tarea ha sido larga!

Hoy nos persiguen... ¡no importa!

La tierra queda sobrada;

de punta a punta el Condado

vuelve a levantarse en armas;

si mal hice, en bien lo torno;

si falté, mi sangre paga.

ISABEL.

(*Tomándole las manos con sollozos.*)

¡Padre!

JUAN.

¡No, lágrimas, no!

Nos vienen siguiendo lanzas;

traen mi sentencia; no pude

pasar de largo esta casa,

estando en ella vosotras,

sin entrar a que me hablarais...

MAND.

(*Interviniendo, con intención.*)

Yo insté; que, siendo don Diego

del Consejo, por España,
logre acaso Magdalena
moverle a otros rgaros gracia.

JUAN.

(*Serenamente.*)

No, Mander; hoy ya no pongas
fingimiento en tus palabras:
tú me has hecho entrar aquí
por doblez, porque esperabas
que, al sentirse Magdalena
culpable de mi desgracia,
trocando el amor en odio,
lo echara a don Diego en cara.
Yo te conozco.

MAND.

Señor,

vuestra acusación me extraña.

JUAN.

Deja... Tú esperas vivir;
mi muerte ya está cercana,
y el odio es cenizas cuando
va el alma salir en llamas.

MAND.

Repito que Magdalena,
si bien quisiera, lograra
del Consejo de Justicia,
para su padre, la gracia.

JUAN.

¡Y yo digo que soy yo
quien no quiere y la rechaza!
Bastante he vivido; fuerzas
para presenciar me faltan
cómo, corriendo, la sangre
de mi pueblo, a todos mancha.
Cansado estoy de llevar
juntos, a un tiempo, en el alma,
un amor que aquí me trae
y un odio que me separa.
¡Corre a Montigny a decirle
que se acerque con sus lanzas;
no será un reo el que entregue
con cadenas a su España;
será un viejo que, aliviado,
por sus manos, de su carga,
¡sonreirá para darle,
con sus despojos, las gracias!

(Magdalena ha aparecido en la pequeña puerta; su padre, de espaldas a ello, no puede verla. Ella escucha sus últimas palabras y se detiene para reaccionar enérgicamente y comprender la situación.)

MAGD. ¡Padre mío!

JUAN. *(Poniéndose en pie, con un esfuerzo supremo.)*

¡Magdalena!

(Corre ella, dispuesta a caer a sus pies; Juan Pablo, queriendo evitarlo, dice:)

¡A mis brazos!

MAGD. *(Arrodillándose.)*

¡A tus plantas!

(Mander e Isabel, con inquietud visible y cambiando palabras en voz baja, salen por la parte del fondo para estar al corriente de lo que pasa afuera.)

JUAN. Pues queda en ellas el tiempo

que tarda una bendición

en pasar a las de un padre

desde las manos de Dios.

Mucho en tu amor he sufrido;

pero era tanto mi amor,

que, cuando debió acabarse,

por no hacerlo, me acabó.

Muy viejo estoy; y hoy los mozos

ya no sois de nuestra pro,

ni entendéis como nosotros

los deberes y el honor.

Pasan años, cambian vidas

y todo, a mi alrededor,

por disimular lo que es,

se asombra de lo que soy;

no es mi sangre, no es mi gente,

no es mi mundo éste en que estoy;

si amargado lo abandono,

no me pidas la razón.

MAGD. Padre mío, ¿a qué pedirla.

si en todo lo que habláis vos

está latiendo el reproche

de que la causa soy yo?

JUAN. ¡No!

MAGD. Ni de ello hablemos, padre;
que, al cabo, si fué el amor
causa que, no resistiéndole,
Dios mismo en él sucumbió,
siendo yo humana y mujer,
no pude hacer más que Dios.
Pero, el amor puesto a un lado,
¿qué otro daño os hice yo
que a vuestras santas palabras
da tan amargo el sabor?
¿De abandonarnos habláis
y no os mueve el corazón
ver, cuando os oigo, el horrible
remordimiento en que estoy?

JUAN. No te culpo de mis penas.

MAGD. No importa; me culpo yo,
que cuando a paces estábamos,
metí el rayo entre los dos.

JUAN. Tú, al cabo, ignorabas...

ISABEL. ¡Nada!

Pero cediendo a mi amor,
no olvidé de dónde vino
la sangre a mi corazón;
creció con mi amor mi vida,
no es que de nuevo empezó;
todas las raíces de ella
más la siento en mi interior,
desde que el árbol dió fruto,
desde que un nido colgó
del árbol, pensando en él
con la bendición de Dios.

JUAN. Con todas estas razones,
hija mía, aunque ellas son
parte a endulzarme las penas,
no has de remediarlas hoy...
La fatalidad no tiene
quién la mueva; reo soy,
y España me ha sentenciado,
por Flandes, de sedición.

- MAGD. Consejero es de Justicia
Diego, y rogaré por vos.
- JUAN. Don Diego no ha de otorgar
lo que está sobre el honor
y el deber.
- MAGD. Don Diego es mío,
y con él me entiendo yo.
- JUAN. No estuviera yo en su casa,
Magdalena, como estoy,
si, entrando en ella, esperara
de don Diego protección.
- MAGD. ¡No fuera esta casa mía
como lo es, si, estando yo,
lanzas entraran en ella
para arrancaros a vos!
- JUAN. *(Irguiéndose.)*
¡No entrarán; saldré yo mismo!
¡No me escondo; el rostro doy
y, con marcharme, esta casa
libro de un nuevo baldón!
- MAGD. ¡Padre!
- JUAN. *(Saliendo torpemente y trágicamente.)*
¡Llevamos dos rumbes!
- MAGD. *(Con un gesto rápido, abriendo la puerta donde
internó a sus protegidos, que salen todos, re-
deándola.)*
Pintor Juan Pablo: éstos son
vuestros flamencos, movidos
a rebelarse por vos;
pacto de vida o de muerte
con ellos hicisteis; hoy
asilo me demandaron
y asilo otorguéles yo:
si salís, abandonándoles,
que en cuenta os lo tome Dios;
¡yo, por seguir vuestros pasos,
les dejo sin protección!
(Juan Pablo vacila y se detiene.)
- HANS. *(Tendiéndole sus brazos.)*
¡Meser Juan Pablo!
- BERTA. ¡Maestro!

- JUAN. *(Corriendo a ellos.)*
¡Hijos míos!... ¡Pocos sois!
(Todos le rodean; él después de mirarlos.)
- HANS. ¡Magdalena es vuestra sangre;
no la desmiente, señor!
- JUAN. ¡Gracias, Dios mío!... ¿Y qué intentas,
hija?
- MAGD. ¡Emplear el amor
que os abrió tantas heridas,
en óleo de todas, hoy!
(Mander e Isabel Clara entran apresuradamente por la puerta del fondo.)
- MAND. *(Alarmado, gritando.)*
¡Llegan Montigny y sus lanzas!
- JUAN. *(A su hija.)*
Mis perseguidores son.
- MAGD. *(Yendo a él.)*
¡Padre!
- HANS. ¡Juan Pablo!
- ISABEL. ¡Ocultaos!
- JUAN. ¡Jamás!
- MAGD. *(Reaccionando.)*
¡Os lo pido yo!
Ya oísteis que vuestra sangre
no la desmiente, señor;
si arranco a España una vida,
no habrá de ser con baldón.
(A su padre y a todos, imponiéndose con su actitud.)
¡Vosotros dentro, aguardando
mientras da un plazo el honor;
yo entre vosotros y España
y árbitro de todos, Dios!
(Ella misma ayuda a los perseguidos a internarse; suena vocerío del pueblo, precediendo a las lanzas. Entran algunas mujeres y niños en la escena. Mander, Isabel y la Groninga y Potter, que acaban de salir al ruido, forman grupo junto a Magdalena, que estará sobre el primer pedazo de la puerta grande, cruzados los brazos, esperando la aparición de Montigny. Entra este

capitán con guardias walonas o suizas en escena. Criterio de chiquillos. El tambor a las órdenes de Montigny, redobla para imponer silencio. Terminado el redoble, deja el tambor en el suelo su alta caja, colocan sobre ella una madera, hace un nuevo signo con la espada Montigny, y el pregonero de la Justicia sube a la improvisada plataforma para leer la siguiente citación. Se ha hecho un gran silencio.)

PREG.

(Leyendo.)

“Por España y la muy noble
Católica Majestad
del Rey Felipe; yo, Alberto,
su obligado y su leal,
Archiduque de Austria, usando

mi mando y mi autoridad,
y en estos Estados Bajos,
gobernador, vengo a dar
a vos, barón Montigny,
de mis lanzas capitán,
orden que, buscando al dicho
pintor Juan Pablo Godart,
le prendáis y entrega de él
hagáis a mi Tribunal;
que, si se resiste, venia
para atacarle se os da.

Que al que le encubra o defienda,
le alcance castigo igual;
por herético, enemigo
de España y Su Majestad
y de la Romana Iglesia
Madre nuestra, le serán
sus haciendas confiscadas,
retenida su heredad.

Asimismo: niego venia
a arzobispo, cardenal,
obispos, prior, abades
y otra cualquier dignidad
para confesarle, salvo
si en su error quiere abjurar,

y en la causa de su vida
que entienda mi Tribunal."

*(Gran silencio; desciende el pregonero de su
plataforma, y avanza Montigny.)*

MONT. ¿No oísteis?... ¿No está en la casa
meser Juan Pablo Godart?

¿Esperáis que den mis lanzas,
para que habléis, la señal?

MAGD. Barón Montigny, debisteis
mirar bien, antes de hablar,
la alcurnia de quienes oyen
y la casa donde estáis;

que, si plumas de curiales
dan fueros a un capitán,

el ser yo dama y honesta
trato y condición me da

para que, si bien nacieron
y en buena crianza están,

barran el suelo con plumas
los que me quieren hablar.

*(Pausa. El barón de Montigny lleva la mano a
su chambergo y saluda a la dama largamente.
Expectación.)*

MONT. Perdonad; ni yo sabía
que, hablando, me ibais a honrar,
dama, ni cuya es la casa
en que mis lanzas están.

De orden de nuestro Archiduque,
busco a Juan Pablo Godart;

dijéronme que le han visto
entrar en este zaguán;

si le ocultáis, entregadle;
si no le entregáis, pensad

que al que le encubra o defienda
le alcanza castigo igual.

MAGD. Barón Montigny, éstas son
las paredes del solar

donde habita el Consejero
Acuña de Carvajal;

si el ser justicia en España
no da a un hombre autoridad

sobre lanzas de soldados
y audacias de capitán,
de tal reino y tal justicia
poco se puede esperar.

MONT. Señora: honrando la insignia
de Acuña de Carvajal,
¡un Consejero no puede
lo ya fallado enmendar!
Todos los justicias callan
donde habló Su Majestad,
y este rescripto, en que ha puesto
el Duque su autoridad,
Consejeros y soldados
lo han de acatar por igual.

MAGD. No os lo niego; pero, al menos,
barón Montigny, esperad...

MONT. *(Impaciente: las gentes murmuran y el capi-
tán quiere acabar prontamente, viendo llegar el
tumulto.)*

¡El Rey no espera, señora,
y el Rey con nosotros va!

MAGD. ¿Luego es fuerza?

MONT. ¡Traigo lanzas!

MAGD. ¡Soy dama!

MONT. ¡Pasando estáis

a reo, y un reo excusa
tratamiento a capitán!
Juan Pablo Godart; le busco:
¡responded si le entregáis!

MAGD. No: ¡lo exigís de tal modo,
que os lo tengo de negar!

MONT. ¡Yo haré por él!

MAGD. ¡Dios con todos!

MONT. ¡Y por vos!

MAGD. ¡Mejor será;
que, al cabo, puesto a villano,
no cuenta el menos o el más!

VOZ. ¡Cobarde!

(Tumulto.)

MONT. *(A los soldados.)*

¡Tomad la casa!

MAGD. ¡Válgame España! Ahora entrad.
(Se inicia un movimiento, y, atropellando por todos y conteniendo al capitán y a las lanzas, entra en escena don Diego Acuña precipitadamente: le siguen Potter y alguien más que habrá ido a avisarle. Al verle, Magdalena corre a sus brazos, gritando.)

¡Diego!
 D. DIE. *(Severo, conteniéndola con la voz y el gesto delante de la multitud.)*

¡Señora!...

(Al oír el nombre de don Diego, se habrá abierto la puerta pequeña y saldrán a escena, dispuestos a entregarse, Juan Pablo y los demás flamencos. Con un gesto los detiene don Diego, como ha detenido a las lanzas. Mira en seguida a Magdalena, dispuesto a escucharla. Expectación. Don Diego domina el cuadro desde que aparece.)

MAGD. En la tremenda prueba,
 toda palabra me parece poca;
 Diego, evítale esfuerzos a mi boca,
 y al corazón todo tu amparo lleva.
 Si mudo me preguntas,
 por vez primera, con tus ojos fríos,
 ¡ve mi respuesta: con las manos juntas,
 lloro y pido por éstos, que son míos!
(Cae de rodillas, besándole la mano; sin dejarla casi arrodillarse, la obliga a alzar don Diego, haciendo esfuerzos por aparecer sereno y dominando una emoción intensa. Ya en pie Magdalena, vuelve don Diego el gesto al capitán Montigny.)

D. DIE. Capitán Montigny, ¿qué tropa es ésta?

MONT. *(Alargándole el rescripto del Archiduque, que don Diego tomará en sus manos y leerá entero para sí.)*

Ved lo que manda el Archiduque Alberto.

D. DIE. *(Después de haber leído: serenamente.)*

¿Y dar remate a lo mandado os cuesta?

MONT. *(Excusándose.)*

Medió el empeño de una dama...

D. DIE. (*Siempre sereno.*)

Es cierto.

Pero se ordena aquí, cuando defienda
quienquiera o cuando encubra al perseguido,
que sin piedad vuesa merced lo prenda,
y vos, seor capitán, no habéis cumplido.

MONT. (*Asombrado.*)

¿Debí?...

D. DIE.

Debéis, pues que esta dama ampara
al preso y las justicias atropella,
poner los hierros que trajisteis para
las manos suyas, en las manos de ella.
Fuera ella vuestra madre, y no sé fuerza
que. cayendo en delito,
la haga inmune: la ley no hay quien la tuerza;
delinquiró, castigadla: ello está escrito.
(*Montigny da un paso. Cambio en don Diego
que le hace frente.*)

Pero la amparo yo, y os tengo el brazo;
movedle vuestras lanzas y sois muerto.
¡Aquí entra Diego Acuña y abre plazo
a lo que manda el Archiduque Alberto!
(*Rasga la orden del Archiduque. Retrocede Mon-
tigny, espantado.*)

¿Vacilaréis?... ¿Y es justo en este trance,
capitán, que el deber no se os alcance?

MONT.

(*Apurado.*)

Monseñor Consejero...

D. DIE.

¿Quién me llama,
pues falté a la justicia, de esta suerte?
(*A las lanzas, entregándose.*)

Soldados: por España y por mi dama,
llevadme a las prisiones o a la muerte.

MAGD.

(*Da un paso hacia él.*)

¡Diego!

D. DIE.

(*Frió, señalando a los perseguidos y a Juan Pa-
blo.*)

Libres ya son.

(*Magdalena, Juan Pablo y los demás quieren
oponerse al gesto, dándose a las lanzas.*)

¡A las prisiones,
 capitán Montigny!... ¡Nunca traiciones
 hizo esta espada, pero está partida;
 (*La rompe en dos mitades.*)
 con ella rota, rota va mi vida;
 (*Entrega la espada, haciéndose prisionero, al
 capitán.*)
 ¡disponga el cielo de mi suerte ahora!
 (*Vuelto a Magdalena, con sencillez.*)
 ¡España y yo somos así, señora!
 (*Da orden él mismo al pelotón y salen. Magda-
 lena y Juan Pablo están abrazados.*)

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

LA GUERRA

Una gran sala baja, al gusto holandés de la época, en los alrededores de Malinas. En el fondo dos puertas. La de la derecha abre sobre el campo; la de la izquierda es un gran arco de piedra, tras del cual hay un segundo recinto practicable. A este segundo recinto se ingresa por un peldaño desde el arco. En el fondo de él, otro arco más pequeño y con reja de madera en su parte alta, que abre sobre un extremo del jardín. En la pared lateral derecha, puerta que comunica con los corrales y con la cocina de la casa: sobre esta puerta, tragaluz con cristales cuadrados y cenefa de colores, al gusto holandés. En la lateral izquierda, otra puerta mayor, comunicando con el interior de la casa. En la pared lateral derecha, segundo término, gran chimenea holandesa. En la de la izquierda, segundo término también, aparador monumental del mismo gusto. En la estancia, una mesa grande de nogal, varias sillas y un sillón. Sobre la mesa, jarro no muy grande con flores. En la pared del fondo, entre ambas puertas, algunas espadas, pis-

tolas y moquetes formando panoplia. Al levantarse el telón, Juan Pablo, que tiene un bastidor apoyado contra el quicio del gran arco, parece estar pintando un aspecto del jardín. Junto a la chimenea, formando grupo, Isabel Clara y Albertino.

ALBER. ¡Le he visto ya!... Y madre dice que no dejará la casa nunca más... Siempre a la vera le tendremos; no se aparta de nosotros; me hará historias, ¡me dará lición de espada!... ¡Llegó ayer... y hoy me parece que ya están todas trocadas estas paredes; yo mismo soy más que yo, Isabel Clara; como hogar vacío, donde de pronto metieran brasas!

ISABEL. ¡Pobre Albertino!
(*Besándole.*)

ALBER. Aunque padre tornó más triste a la casa que salió de ella... ¿en qué sitios ha pasado estas semanas de ausencia?

ISABEL. (*Evasiva.*)

En la guerra, acaso...

ALBER. (*Rápido.*)

¡No en la guerra... que ahora marchan mal, para España, las cosas; no andará en ello su espada!

ISABEL. ¿Quién dijo?

ALBER. Mander lo dijo...

Y acaso es ésta la causa de las tristezas de padre; que sus reveses le amargan porque España es de él... ¡y yo también quiero ser de España!

ISABEL. (*Señalando al abuelo, con prudencia.*)
¡Albertino!...

ALBER. (*Vivo.*)

No; no temas,

si oye el abuelo, que me haga,
como en otros días malos,
reproche de mis palabras...
Cambié el abuelo; ahora es él
quien, a escondidas, me llama
y habla de padre, y sus ojos
blandos se llenan de lágrimas,
que el nombre de Dios con más
respeto no pronunciara.

¡Y da tanto bueno oírle
hablar de él, Isabel Clara!
¿Tú no sabes, no te han dicho
lo que pasó en nuestra casa?
¿Por qué el abuelo, dejando
los tumultos y las armas,
volvió a sus cuadros? ¿Por qué
faltó de ella estas semanas
mi padre? ¿Por qué ayer, Mander,
tornando, le acompañaba,
con aquella risa suya,
que es risa y a mí me daña?
¿Por qué, como en otros tiempos,
no hubo, al regresar, palabras
de alegría, ni entusiasmos,
ni relatar hechos de armas?...
¿Tú no sabes, no te han dicho...?

ISABEL. (*Levantándose por esquivar las preguntas de Albertino.*)

¿Y a qué saber?... ¿No te basta
con tenerle aquí, Albertino
que has de saber qué le traiga?
Preguntaré...

ALBER.

ISABEL.

No preguntes;
la curiosidad es mala...

ALBER.

¡No esta mía, que es de amor
y mueve toda del alma!

MARIA.

(*Saliendo por la lateral izquierda.*)

JUAN.

¿Dónde estás, Juan Pablo?
(*Viniendo en su busca y dejando el cuadro.*)

Di.

(*Albertino quiere acercarse a ver qué hablan,*

pero Isabel le obliga a ir con ella al fondo y desaparecen por el jardín.)

MARIA. No habremos logrado nada;
lo que es fatal, es fatal,
Juan Pablo. Diego esperaba
la muerte; volver al mundo
más le pesa que le agrada.

JUAN. Parte en ello no tomamos
nosotros, aunque bastara
la deuda en que nos tenía
para procurarle gracia.
Triunfó la protesta en Flandes;
todas las furias de España
no bastaron a evitar
que el pueblo tocara alarma.
Encontróse el Archiduque
sin soldados; se le alzaban
los naturales y están
los tercios de él en Italia.
Desguarnecidas prisiones,
castillos y tarazanas,
Mander, con tan pocos hombres
que los dedos los contaban,
sacó a don Diego y los nuestros
de las cárceles de España;
nosotros no hicimos más
que abrirle esta puerta franca;
y ayer parecía alegre
cuando llegó a nuestra casa.

MARIA. Hoy, no; tiene el rostro lleno
de sombras esta mañana.

JUAN. Lo esperaba: al cabo es él
de una tierra y de una raza
que, leones acosados,
a escoger, más les agrada
deber la muerte a los suyos
que la vida a gente extraña.
Mander cuenta que, al sentirse
Diego libre y ver que estaban
rodeándole los nuestros,
como se halló sin espada,

con los dientes y los puños
quiso atacarles: "¡Mi raza
me encarceló, ella me libre!"
Y pugnando que le echaran
de nuevo sus hierros, Mander,
que aplacarle procuraba,
quedó con la diestra mano
toda rota y magullada.

"¡Sea en pago, clamó Diego,
del hecho con que me infamas;
que esta mano, al fin, ya no
volverá a empuñar espada!..."

MARIA.

JUAN.

¡Siempre es él, en todas partes!
Le aguardaban en la casa
su hijo, Magdalena... Vino,
les ha visto; esta mañana
ya, más que ellos, en él pueden

los clamores de su raza.
Piensa... La nuestra y su tierra,
de nuevo riñen batalla;
por todas las partes suenan,
levantándose, las armas;
¿qué va a hacer él? Si la paz
nos separó, ¿será extraña
cosa que la guerra ahora
venga a aumentar la distancia?

MARIA.

(*Atemorizada.*)

¡Pero tú!...

JUAN.

Yo mantendré
lo que juré una mañana;
ya no correrán por mí,
como corrieron, las lágrimas;
di a la venganza diez años
por Flandes: los que me faltan,
¡no es mucho darlos a Dios
para las cuentas del alma!

MARIA.

(*Reconociendo todo el esfuerzo que le cuesta al
viejo esta promesa y apretándole la mano.*)

¡Gracias!

JUAN.

(*Mirando a la lateral izquierda.*)
Magdalena llega.

MARIA. Torna a tu arte.

JUAN. ¡Que él me valga!

(María Berkey, mientras Juan Pablo pasa al fondo, se queda ordenando algunos objetos. Entra por la lateral izquierda Magdalena, seguida de don Diego. Se advertirá en éste un cambio sensible desde el acto anterior; parece que los arreos de burgués, al modo flamenco, con que aparece vestido sin ceñir espada, le desji-guran por completo; refleja su rostro, menos en los momentos en que le anima la expresión del diálogo, un desaliento y postración inusitados en él.)

JUAN. *(Llegando al centro de la escena.)*

¡Albertino!...

(Sale el chicuelo corriendo del fondo del jardín; llega a su madre, a quien va a abrazar: ésta, con el gesto, le muestra a don Diego, y el chiquillo corre a él. Detrás ha salido Isabel Clara.)

D. DIE. ¡Albertino!

ALBER. *(Después de abrazarle.)*

¿Ya es seguro,

padre, que tanta ausencia ha terminado?

D. DIE. Ya no vuelvo a apartarme de tu lado.

ALBER. ¿Lo juras?

MAGD. *(Corrigiendo.)*

¿Lo aseguras?

D. DIE. Lo aseguro.

ALBER. *(Sin parar mientes en la variación, batiendo palmas.)*

¡Y volveremos al contar de historias, y al probar un caballo en la explanada, y a las contiendas!...

D. DIE. Y al jugar la espada...

ALBER. ¡Y al relatarme tú de tus memorias!

Por cierto que tú, padre, que solías siempre, al volver, contar tus fechorías, de esta postrera no me has dicho nada.

(Se instala a sus pies, Jispuesto a escucharle; Magdalena quiere disuadirle.)

¡Cuenta!...

(Magdalena marca más el gesto; don Diego, con la vista, la contiene, y dice al niño.)

D. DIE.

 Mi hazaña postrera

tiene poco que contar,
hijo mío, y es vulgar
como una historia cualquiera.
Pero, en fin, hago memoria
y, ya que no lo merece,
voy a contarte otra historia
que en todo se le parece.
Este era un buen Consejero
que, por una vez holló
su ley, él mismo se dió
de su grado prisionero.
Y éste era un pueblo, movido
por tremenda sedición
a guerra, con la nación
del Consejero atrevido.
Fué el Consejero a prisiones;
los suyos le encarcelaron,
y, para fallar, buscaron
premáticas y sanciones.
Y, en tanto, los enemigos
de su nación que se alzaron,
al Consejero libraron
de cárceles y castigos.

ALBER.

D. DIE.

 ¡Brava hazaña!
 No, en verdad;
que, según quien las da, son
las prisiones libertad
y la libertad prisión.
Busca el Consejero quien
decirle pueda, leal,
si es bien aceptar un bien
de quienes se quiere mal,
y aunque el corazón severo
le señala la prisión
donde ser, por su nación,
prisionero y carcelero,
como el Consejero tiene

hijo y mujer que abrazar,
 piensa en ellos, da en dudar
 y a perderles no se aviene.
 Porque no hay leyes que den
 la razón a la razón,
 cuando le parece bien
 lo más malo al corazón.

Con lo que el hombre, cediendo
 a la traición que aquel día
 hijo y mujer le volvía,
 tornó a su casa, diciendo:
 "Viviré para el amor,
 si he muerto para la gloria..."
 —Y así termina la historia
 del Consejero traidor.

MAGD. *(Con intención.)*

No es traidor el que cumple sus deberes.

ISABEL. En el amor, también hay heroísmo.

JUAN. *(En el fondo, a Martín Frobel, que habrá entrado hace un momento, mostrándole, como siempre, pruebas de sus trabajos.)*

El español aún gusta a las mujeres.

MART. Pero ya no es la sombra de sí mismo.

D. DIE. *(Con un suspiro, como arrancándose por fuerza a sus recuerdos.)*

¡Albertino, líción tengo de darte,
 ya que aún es tiempo de jugar la espada!

ALBER. *(Saliendo aprisa a descolgar dos espadas de la panoplia del fondo.)*

¡Me place!

D. DIE. *(Tomando una de las espadas que gallardamente le ofrece Albertino por la empuñadura.)*

¡A ver si logra, amaestrada,
 suplir tu diestra el brío con el arte!
(Toman para la lección casi toda la diagonal de la escena: desde el arco donde Juan Pablo vuelve a pintar, hasta la puertecita lateral del primer término derecha. María Berkey, con Isabel Clara y Martín Frobel, quedan un momento en el marco de la puerta del fondo.)

Toma el hierro, y cuando esté...

- ALBER. ¿Qué?
- D. DIE. En tu mano alto y desnudo...
- ALBER. (*Interrumpiéndole, porque adivina lo que su padre va a decirle.*)
¡Saludo!
- D. DIE. ¿Para asombrar con tu hazaña?...
- ALBER. ¡A toda España!
- D. DIE. (*Colocándose en la defensiva.*)
¡Y, ahora, pronto; ataca y daña!
- ALBER. ¡Déjame despacio honrarte,
porque pienso, al saludarte,
que saludo a toda España!
- D. DIE. (*Tomando la ofensiva, para obligarle a comenzar.*)
¡Replica; no te retires!
- ALBER. ¡No me mires!
- D. DIE. ¡Pues te da miedo de mí!
- ALBER. ¡Sí!
- D. DIE. (*Fallando, adrede, para que Albertino se decida a atacarle.*)
¿Y cuando me ves fallar?...
- ALBER. (*Atacando sin brío.*)
He de entrar.
- D. DIE. (*Desarmándole y burlando de su torpeza.*)
¡Bravas trazas de atacar
en el hijo de don Diego!
- ALBER. (*Que recoge del suelo su espada.*)
Padre, pues yo te lo ruego;
no me mires si he de entrar.
- D. DIE. (*Avanzando, para ofender de nuevo.*)
¡Gano tierra: dame acero!
- ALBER. (*Haciéndolo, aunque todavía con mucha timidez.*)
Pero...
- D. DIE. ¿Ya tiembla en alma esforzada?
- ALBER. ¡De tu espada!
- D. DIE. ¿Pues tu aliento se acabó?
- ALBER. ¡No!
Mas hijo tuyo soy yo,
y así, siendo tu segundo,

triunfaré de todo el mundo,
pero de tu espada, ¡no!

D. DIE. *(Con sarcasmo cariñoso para procurar esforzarle.)*

¿Doy nombre a quien no me vale?

ALBER. *(Comenzando a enfurecerse infantilmente.)*

¡Dale!

D. DIE. ¿A quién, si mi ley no saca?

ALBER. *(Desesperado; decidiéndose a hacer por él, a ciegas.)*

¡Al que ataca!

D. DIE. *(Parándole y conteniendo duramente, con ironía.)*

¿Qué buscas, si me hallas fucite?

ALBER. *(Con desesperación infantil, dando con los pies en el suelo y tirando la espada.)*

¡La muerte!

D. DIE. *(Recogiendo la espada y obligando a Albertino a empuñarla de nuevo.)*

¡No, jamás, no! De esta suerte

no obra un alma esclarecida;

busca, atacando, la vida;

dale, al que ataca, la muerte.

(Albertino vuelve a tomar la espada de manos de don Diego, y éste, separándose de su hijo, prosigue ahincadamente la lección.)

¡Vuelve a luchar contra el miedo!

ALBER. *(Queriendo obedecer, pero sin fuerzas.)*

Yo no puedo...

D. DIE. *(Arreciando en el juego, para probarle más.)*

¡Va un golpe! ¿Y para parar?...

ALBER. *(Haciendo con la espada lo que indica el diálogo.)*

¡Alzar!

D. DIE. Te amago, ¿y está al rechazo?...

ALBER. ¡Mi brazo!

D. DIE. ¡Con más furia, y no des plazo!

ALBER. *(Casi lloroso, con elocuencia infantil.)*

Si otro me atacara, sí;

pero eres tú, y contra ti

¡yo no puedo alzar mi brazo!

- MAGD. ¿Estás cansado, Albertino?
Bien; deja a un lado tu espada,
que ha de ser carga pesada
para este puño tan fino.
- ALBER. Pesa poco...
D. DIE. Pesará
más cuando pasen más años,
de todos los desengaños
y reveses que tendrá;
que si hoy la alcanza a tender
sin que le resista nada,
con el tiempo ha de mover
medio mundo con su espada.
Tornemos...
- MAGD. (*Reteniendo todavía a su hijo.*)
¿No valdré yo
más que el parar y atacar?
- D. DIE. Pues, si apenas comenzó
la lición, ¿se ha de dejar?
- MAGD. ¡No es tiempo tan largo un día!
- D. DIE. Si lo ganas, es verdad;
pero es una eternidad
si lo pierdes.
- MAGD. ¡Qué porfía!...
¿No es justo que yo le dé
también de amores lición?
- D. DIE. La espada es la luz con que
sale al mundo el corazón;
y aunque tú le des liciones
de amor, tiernas y acabadas,
¡no ha de mover corazones
hombre que no mueva espadas!
¡Pronto!...
- MAGD. ¿A qué ese empeño fiero?
¡Tiempo tendrá de reñir!
- D. DIE. (*Con intención: voz honda.*)
¡Hay en mi casa un acero
que yo no puedo ceñir!
- MAGD. (*Comprendiendo.*)
Diego mío... ¿es un reproche?

D. DIE. (*Adelantándose a consolarla.*)

Magdalena...

MAGD. (*Dolida: resistiéndose con dulzura.*)

Deja-ya...

(*Pausa: don Diego se detiene.*)

ALBER. (*Con timidez.*)

¿No acabamos?

D. DIE. (*Secamente: dirigiéndose a la chimenea, donde toma su chambergo flamenco.*)

Tiempo habrá

de acabar hasta la noche.

(*Deja don Diego su espada junto a la chimenea y, sin despedirse de Magdalena, sale por el fondo contrariado. Magdalena, mordiéndose los labios, queda en la puerta un largo rato, mirándole alejarse. Albertino, un poco desconcertado con la respuesta de su padre, cuelga su espada en su sitio nuevamente. Magdalena, dirigiéndose a él y sonriendo con melancolía.*)

MAGD. Albertino, ¿nos has cogido

para mí las rosas frescas de otros días?

¿No me quieres y me dejas hoy sin ellas?

Estas que hay sobre la mesa están marchitas.

ALBER. (*Llegándose a ella, con entusiasmo infantil.*)

¡Tú verás!... Quedan dos horas de mañana:

¡me ha de hallar en el jardín el mediodía!

Y, al volver, he de llegar con tantas flores,

que la tierra, al pasar yo, quede florida,

porque, andando, me rebosen de las manos

y no pueda con la carga, madre mía...

Si te inclinas a coger las que han caído,

las que queden te las echo por encima

a montones, ¡a montones!... ¡Verás, madre!

¡No dirás de tu Albertino que te olvida!

(*Sonríe Magdalena, la abraza el muchacho y da una corrida, desapareciendo a saltos por el fondo del jardín; viene a primer término Juan Pablo. Se habrá quedado Magdalena abatida en un sillón. Juan Pablo mira la puerta por donde ha desaparecido don Diego y dice:*)

JUAN. ¿Volverá?

- MAGD. Por vez primera
le he visto salir de casa
sin que nuestros corazones
uno con el otro vayan.
De mal grado recibió
la libertad que le daban;
no vuelve a unirse, me ha dicho,
cuando se rompió, una espada.
Quitó al chambergo su pluma
y al cinto el broche de plata;
ropas de flamenco viste;
del que era no guarda nada:
el que era ayer, se quedó
prisionero por España;
la sombra que aquí tenemos
poco viento ha de llevarla.
- JUAN. Los días lograrán...
(Se abre la puerta lateral derecha y, con su diestra herida y envuelta en telas negras, entra Mander en escena.)
- MAGD. *(Irguiéndose al verle y con ronca voz, como si nombrara a un enemigo.)*
¡Mander!
- MAND. Mander, señora, ¿qué os pasa?
- MAGD. Con el odio que sembrasteis,
de años hace, en esta casa,
la guerra habéis puesto en ella:
¿venís a ver cómo acaba?
- MAND. ¿No erais vos, con vuestro amor,
quien se prometió acabarla?
¿No di yo mismo, soltando
las cadenas que encerraban
a vuestro Diego, ocasión
que el amor os le trocara?
- MAGD. Bien sabido os era, Mander,
que en aquel paso que dabais
corrompía una traición
de un noble amor la eficacia.
Con achaque de servirnos,
hicisteis violencia a un alma:
de cómo os lo agradecieron,

vuestra mano magullada
dará razón...

MAND. Son azares
de la guerra, noble dama;
pero, al fin, perder la mano
no es como perder la espada,
que ésta deja en pie el honor
y el honor suple las armas.

JUAN. *(Interviniendo para cortar la discusión.)*

¿Y qué nuevas traéis, Mander?

MAND. *(A Juan Pablo, hiriendo habilidosamente en él todas las cuerdas de sus adormecidos resentimientos.)*

Traigo nuevas que os tocaran,
a ser vos como antes erais,
todas las fibras del alma.

Nos envía el de Alençon,
con dos mil caballos, Francia;
nuestro príncipe Mauricio
viene con gente de Holanda
y ocuparon ya, de Amberes,
sin resistencia, el alcázar;
Inglaterra, con su reina,
fleta naves que nos valgan:
conque ya somos Europa...

MAGD. *(Con un acento en que va su intensa admiración involuntaria.)*

¡Y ella sigue siendo España!

JUAN. ¿No cede?

MAND. ¡Jamás! Llamó
todos sus tercios de Italia
y a esas horas estas sendas
negrean ya con sus lanzas.
Se les ve llegar de lejos
y, cuando aún las miradas
no les distinguen, de anuncio
les va sirviendo y de alarma,
como en otro tiempo, el ruido
de su tambor y las llamas
de las cosechas perdidas,
de las aldeas quemadas.

- JUAN. (*Sin poderse contener.*)
¡Maldición!
- MAGD. ¡Padre!
- JUAN. No temas
que él oiga, y si me escuchara,
con tanta razón me quejo
que asintiera a mis palabras.
- MAND. (*Haciendo cada vez más suyo a Juan Pablo.*)
Juan Pablo, no imagináis
de qué modo se levantan
por todos estos contornos
todas las gentes en armas;
que si a moverlas bastaron
no ha mucho vuestras palabras,
¡pensad cómo se alzan hoy,
que las mueve la venganza!
- MAGD. (*Viniendo a ellos, para imponer silencio a Mander.*)
¡Mander!
- MAND. Lástima, Juan Pablo,
que hoy, cuando la tierra os llama,
brazos extraños os guarden
por fuerza dentro de casa.
¡Mander!
- MAGD. ¡En Flandes estoy,
o en los castillos de España?
- MAND. (*En Flandes estoy,*
o en los castillos de España?)
- JUAN. (*En Flandes!*
*Cuando Magdalena ha venido a primer término
para apostrofar a Mander, aparece en la puerta
del fondo la figura de don Diego, que oirá
los últimos versos: avanza desalentado, para
gritar a Mander.*)
- D. DIE. ¡En Flandes, que es
tierra nuestra, Dios me valga!
—Mander: aunque bien pudiera,
pues sois de sangre villana,
partiros el corazón
con medio acero, hecho daga,
no lo he de intentar; que fuera
la contienda malparada,

cuando a mí me sobran manos
y a vos una mano os falta.
Pero que entréis a sembrar
vuestro veneno en la casa
donde, porque el barro es odio,
hablan tan sólo las almas,
no os lo consiento; y así,
mientras la puerta halláis franca,
salid; que víboras que
quieran morderme las plantas
¡no las veo, sin sentir
la comezón de aplastarlas!

(Ha llegado a la puerta, y con el gesto y la mirada impone a Mander.)

MAND *(Sin dar la cara; camino de la puerta.)*

¿Y me pagáis, arrojándome
vilmente de vuestra casa,
el haber sido yo parte
en que volváis a habitarla?
¡Gran merced!

D. DIE. ¡Esto va en creces;
porque a tiempo os dí la paga!

(Mander va saliendo, sin poder resistir el gesto del de España.)

MAND. *(Desde fuera: amenaza sorda.)*

Pues estas creces habrá
quien se encargue de tornarlas:
¡os lo dirán vuestros tercios
recién llegados de Italia!

(Tiene don Diego un estremecimiento y cierra las puertas por no ver a Mander: se vuelve rápidamente a Juan Pablo.)

D. DIE. Señor: a cuenta que los vuestros callen,
yo encerraré mis odios en el alma;
sepulcro en mi silencio de mi tierra
y por cruz le pondré la de mi espada;
pero que insulten mi silencio manos
como esta que mordí, porque es villana,
que, donde amor me ha desceñido el cinto,
venga a cebarse el odio con su daga,
no lo soporto: vuestro amigo es Mander

y vuestras son las puertas de esta casa;
mirad, si las abris, quién entra en ella:
tarde fuera después para cerrarlas.

JUAN. *(Un poco agriado.)*
Diego...

MAGD. Padre, asentid...

JUAN. *(Después de una pausa; cediendo.)*

MAGD. ¡Por la paz sea!
Desde hoy, tú dispondrás a quien las abra.
¡Gracias, padre!... Y tú, Diego, olvida agra-
[vios.

(Con un arranque a los dos.)

¡Juntad las manos ante mí!

(Golpean varias veces la puerta con la empuñadura de una espada. Don Diego y Juan Pablo están con las manos extendidas, a punto de estrecharlas.)

D. DIE. *(Recelando.)*

¿Quién llama?

(Se oyen alegres voces afuera y ruido de armas.)

JUAN. No es uno solo: suena un griterío
como de armada gente... ¿Quién?

VALD. *(Desde fuera, gritando.)*

¡España!

D. DIE. *(Caen las dos manos sin juntarse.)*
(Estupor.)

JUAN. ¡Mis tercios!
(A don Diego.)

¿Qué hago?

D. DIE. Vos diréis.

JUAN. Tú dices...
MAGD. *(Resuelta; viendo en una lucha tremenda a don Diego.)*

D. DIE. ¡Abrid, porque su sangre se lo manda!
¡No!

JUAN. Piensa que es la guerra...

MAGD. ¡Dios con todos
y miremos la suerte cara a cara!
(Abre de par en par las puertas: entran el capitán Valdés, don Luis y Gaytán, alférez, y don

Juan de Bracamonte, alférez también, aunque algo viejo; les siguen, sin entrar con ellos, los soldados Romero y Zapata. Entra con los tercios toda la luz del sol: la aventura, la vida heroica, la libertad, el aire de los campos. Juan Pablo, indignado, hace mutis por la lateral derecha. A su pesar, don Diego permanece ganado desde el primer momento por los recuerdos que suscitan en él sus viejos compañeros. En seguida, avergonzado y temiendo ser conocido, sale por la puerta del jardín. Pero, a media escena, a la frase de Valdés: "Nos regia un capitán...", vuelve a aparecer en el fondo, siguiendo ansioso el diálogo para intervenir en el momento oportuno. Magdalena mide y domina la situación.)

VALD. *(A Magdalena, sin ver a don Diego.)*

Perdón, señora, si dimos
en vuestras puertas cerradas
con el hierro: no pudimos,
mientras afuera estuvimos,
poner en vos las miradas;
pero ya que, entrando, os vimos,
el corazón prevenimos
y escondemos las espadas.

GAYT. Da vista al mesón, Valdés,
y deja a la mesonera
que nos sirva el entremés;
la mesonera es después,
cuando la sed tiene espera.

MAGD. ¿Españoles de camino,
con este sol brabantino
se os secaron las gargantas?
Tengo agua fresca, buen vino,
mesa en que hagáis colación,
estas sillas y un sillón.

GAYT. *(Cogiendo una silla y contando las que quedan.)*

Salimos tantos a tantas.

MAGD. *(Excusándose.)*

No tiene más el mesón,

- BRACA. *(A los dos soldados que quedan sin entrar.)*
Muchachos, ¿qué hacéis afuera?
- GAYT. *(Colocando a la gente: a Magdalena, por las sillas.)*
Bastarán de todos modos.
- BRACA. *(Haciendo entrar a los soldados.)*
¡Aquí, que un vaso os espera!
- GAYT. *(Después de colocar a la gente. Con galantería.)*
¡Y en el sillón la hostelera,
presidiéndonos a todos!
(Magdalena sonríe.)
- VALD. *(Viendo en la mesa el jarro con las flores de Albertino.)*
¡Lindas flores!... Una quiero...
(Va a cogerla, pero rápidamente Magdalena se apodera del jarro, que no suelta ya.)
- MAGD. ¡No!
- VALD. No imaginéis que, ingrato,
la arroje mustia a un sendero
tras de acariciarla un rato;
la hubiera puesto a recato,
bien cuidada, a todo esmero,
bajo el noble garabato
de mi pluma, en el sombrero.
Y, una fuego, y otra espuma,
fueran así, cifra y suma
de mi ánimo emprendedor,
una osadía la pluma
y una esperanza la flor.
Vos no queréis, y me abrumba
vuestra negativa, viendo
que está junto a ellas latiendo
vuestro corazón mejor:
decid, señora, ¿estas flores
son un presente de amores?
- MAGD. *(Con intención.)*
- GAYT. Vos lo dijisteis, señor.
Capitán Valdés, teneos:
¿se os pasan con galanteos
las fatigas del camino?

- VALD. No; pero me gusta el vino
 beber sobre mis trofeos.
*(Acercándose a Magdalena, sentado a medias
 en la mesa; actitud de galantería y de marcialidad a un tiempo.)*
 —Ojos, que son por mi mal,
 estrellas de otro horizonte;
 fuentes hoy sin manantial
 porque agotan el caudal
 en las hierbas de otro monte;
 si mis angustias les cuento,
 si a vuestros pies me lamento
 y en mis lágrimas ardientes
 doy hartura a sus corrientes,
 decid, señora, un momento:
 vuestros ojos inclementes,
 ¿olvidarán que son fuentes
 para aplacar a un sediento?
*(Magdalena sonríe, jugando distraída con las
 flores.)*
- GAYT. *(Tirando del brazo a Valdés.)*
 ¡Basta! Señora, traed
 reparos para el camino,
 y el capitán imagino,
 ya que él os habla de sed,
 que os lo tomará en merced
 si le respondéis con vino.
- MAGD. Pues sólo un punto, señores,
 mientras el refuerzo allego.
(Va a salir.)
- VALD. *(Triste.)*
 ¿Pero os marcháis con las flores?
- MAGD. Volveré con otras luego.
*(Sale besando las flores y escondiendo la cara
 en ellas para no ver a don Diego.)*
- BRACA. *(Considerando al capitán Valdés, que no aparta
 sus ojos de la puerta por donde salió Mag-
 dalena.)*
 ¡Romero y Zapata, aquí,
 que en los comienzos del fuego,
 caer un herido vi!

- ZAPA. ¿En qué fuego?
 ROME. ¿Dónde ha sido?
 BRACA. El capitán, que ha querido
 tomar una fortaleza,
 y en lo más recio ha caído
 con el corazón partido,
 ¡por no volver la cabeza!
- VALD. (*Volviendo de su distracción.*)
 ¡Sí que es linda la hostelera!
- GAYT. ¡Y mujer!
- BRACA. Linda es cualquiera
 para un alto en la carrera,
 cuando el corazón ansía
 vivir, gozar todavía,
 y la muerte nos espera
 en el campo al otro día.
 Ya así, el amor no es exceso
 de nuestra alma envilecida;
 ¡es que va a muerte!, y por eso
 quiere el alma a la partida,
 despedirse de la vida
 bebiéndosela en un beso.
- VALD. Verdad.
- GAYT. Linda es, para mí,
 la mujer, cuando, en lo recio
 de un saqueo, la advertí
 y el bélico frenesí
 se le convierte en desprecio...
 ¡Y el odio suyo, el horror
 del combate, el estertor
 del moribundo, aquel modo
 de infierno desgarrador,
 le dan más fuerza al amor,
 que estalla y salta por todo!
 Y ¿qué importa que ella airada,
 sus duros brazos retuerza,
 si es mi presa, está ganada
 y hay en mi cinto una espada
 para rendirla por fuerza?
- VALD. ¡Que siempre has de dar, Gaytán,

en agriarnos los humores
con tu sanguinario afán!

GAYT. ¿Pero es que hay torres que están
para rendirse con flores?

VALD. Yo encuentro linda... ¿a qué hablar,
señores, si con mirar
tiene bastante cualquiera?

Como es nuestra mesonera,
será, si un día he de amar,
la mujer a quien yo quiera.

Ni en la cuesta ni al doblar,
ni otoño ni primavera;
en tal sazón la he de hallar
que ya no pueda mudar,
ni a perder ni a mejorar,
en una década entera.

Con esto, un modo de hablar
que no otorga y dice "espera";

la tez de un justo pasar,
ni como espuma del mar
ni como gota de cera;

con un don de suspirar
que la alivie de severa,
y, en sus labios, al cerrar,
un desdén que es un pasar
a una compasión que altera.

¡Resuelta para escuchar,
honesta sin maliciar,
dulce al ver, mirando fiera,
mujer de tan buen entrar
que en el alma ha de reinar,
si en ella entró, hasta que muera!

Decidida en el andar,
española en el triunfar,
campesina en el cantar
y en el recato casera.

BRACA. Pues dejaste a tu hostelera
que sólo le falta hablar.

VALD. ¿Dónde vi yo una mujer
que, sin ser ella, tenía
semejante el parecer?

GAYT. ¿En Leyden herido, un día?

BRACA. ¿En Cominges, al vencer?

ROME. ¿En Breda, entrando a partir
después de capitular?

GAYT. ¿En Amberes, al salir
la guarnición a cambiar,
que se quería rendir?

VALD. No sé; pero juraría
que mis recuerdos se van
uniendo... ¿dónde sería?

GAYT. ¿En Nápoles?

BRACA. ¿En Milán?

VALD. *(Recordando de pronto.)*

No, ya sé; razón tenía.

Fué en Flandes, y aún yo no había
dejado la alferecía

de que hoy disfrutas, Gaytán.

Va de cuento... Nos regía

un capitán, que venía

malherido, en el afán

de la primera agonía:

¡señores, qué capitán

el capitán de aquel día!

Imaginad...

*(Todos se agrupan, escuchando, y no han vis-
to entrar a Magdalena, que llega con vasos y
botellas.)*

MAGD. Las botellas...

(Las deja sobre la mesa.)

los vasos al lado de ellas...

y para los vasos, vino.

(Lo sirve.)

VALD. *(Atreviéndose a ponerle una mano en el brazo.)*

¿Y mis flores?...

MAGD. Poned tino,

capitán, en lo que hacéis,

o, por Dios, que os quedaréis

sin las flores que os destino.

(Hace intento de ir por ellas al jardín.)

VALD. ¿Pero os vais al jardín?

MAGD.

Sí.

VALD. (*Enlazándola, atrevido, por el talle.*)

Pues no os vayáis, que perdemos:
permaneced vos, y así,
¿para qué flores queremos,
teniendo el jardín aquí?

MAGD. (*Forcejeando por soltarse.*)
¡Soltad!

VALD. No.

MAGD. (*Con un grito de indignación.*)

Sí.

D. DIE. (*Cogiendo la espada, que quedó junto a la chimenea, se acerca impulsivo a la mesa. Como todos atienden a la lucha de Valdés y Magdalena, están de espaldas y no le ven. Don Diego da con la espada un golpe en la mesa, que hace gran estrépito, y dice:)*

¡Basta ya!

(*Todos se vuelven. Magdalena, libre, corre al lado de don Diego, que la pone a su espalda.*)

MAGD. ¡No, no, Diego!

(*Los dos soldados echan mano a las espadas.*)

VALD. (*Dando la cara.*)

¿Quién va allá?

D. DIE. Una espada que, como es
tal carga en sólo una diestra,
ya no para hasta después
de cercenaros la vuestra.
¡En guardia!

BRACA. (*Interviniendo.*)

No; antes sepamos,
señores, quién es el hombre;
que los pobres que aquí estamos,
a reñir no acostumbramos
con los fantasmas sin nombre.

D. (*Fanfarrón.*)

Y, hecha esta advertencia, tercio
para preguntar: ¿a cuál
desdichado abro en canal?

D. DIE. ¡Al capitán de este tercio,
Acuña de Carvajal!

VALD. *(Dando un paso atrás y bajando su espada; reconociéndole.)*

¡Don Diego!

D. DIE. ¡Y ahora, reñid

como os parezca oportuno;
ésta es mi dama: salid
contra mi espada, uno a uno
o todos, en buena lid!

VALD. *(Con un arranque.)*

¡Jamás, capitán! Espadas
que lucharon hermanadas
no han de injuriarse cruzadas;
¡vuestras son!, pero después
que las miréis bien honradas,
por nuestra mano arrojadas
de vuestra dama a los pies!

(Con un gesto gallardo, tira él su espada a los pies de Magdalena; los demás inclinan la suya. Don Diego, ganado por este gesto de raza, lucha un momento con sus propios sentimientos: al fin, vencido, tiende los brazos a Valdés, diciendo:)

D. DIE. ¡Basta!

VALD.

¡Don Diego, un abrazo,
que fué duro el linternazo,
aunque, por Dios, merecido!
(Se abrazan. Por Magdalena, con galantería.)

Con tal médico, no ha sido
milagro curar del brazo.

(Vuelto a los soldados.)

Y vaya una explicación
que ilustre a la compañía:
señores: estos dos son
la mujer de mi visión
y el capitán de aquel día.

(Magdalena queda a un lado; todos los soldados se acercan a don Diego, tendiéndole la mano, envolviéndole, arrastrándole insensiblemente, por la corriente de toda su vida.)

GAYT. *(Levantando su vaso.)*

¡Por el capitán, un vaso!

- ZAPA. ¡Por él!
- D. DIE. ¡Por el terciol!
- GAYT. ¡Quiero
ser yo el primero, y no espero!
(Se sirve antes que nadie y levanta el vaso a la salud del capitán.)
- VALD. *(Echándose atrás.)*
Por ser el último paso;
que el último es el primero.
- BRACA. Capitán, ¿y vos no hacéis
la campaña?
- D. DIE. *(Excusándose torpemente.)*
¡Estoy ya viejo!
- BRACA. ¡Pues a fe que lo escondéis!
- GAYT. ¡Miraos vos en su espejo;
que una cicatriz hacéis
de cada arruga que os veis,
Bracamonte, en el pellejo!
- BRACA. *(Riendo.)*
¿Habrá osado?
- D. DIE. *(Ganado ya por ellos; sin pensar en nada, como ausente del sitio en que se halla. Magdalena le observa y prepara con el gesto, desde este momento, la escena inmediata.)*
¿Y dónde vais
en la marcha que os espera?
- VALD. ¡A Leyden, en la frontera!
- D. DIE. ¡Mucho será lo que hagáis
si, en vuestra hazaña, igualáis
la gloria de la primera!
- GAYT. ¿Fué tanta?
- BRACA. *(Ponderativo.)*
¡Por vida mía!...
- D. DIE. El de Alba, entonces tenía
el mando, por nuestra España,
y encontró brava la hazaña:
¡pensad vos cómo sería!
- GAYT. ¡Nunca un hecho es singular!
Donde otros pueden llegar,
llego también con mi afán.
- D. DIE. ¿Y estos son hombres, Gaytán,

que van un hecho a igualar
y a superarlo no van?

(Enardeciéndose, a todos los compañeros.)

Pensad...

VALD. *(Riendo.)*

¡Ya está el capitán
en actitud de arengar!

D. DIE. *(Conteniéndose y callando.)*

Sí; perdón.

VALD.

Recuerdo entera
la razón que nos dijisteis
en Brúguel, la vez postrera
que, arrancando una bandera,
con el tercio combatisteis:

(Dando cierta solemnidad al tono con que recuerda las palabras de don Diego.)

“¡Por España; y el que quiera
defenderla, honrado muera;
y el que, traidor, la abandone,
no tenga quien le perdone,
ni en tierra santa cobijo,
ni una cruz en sus despojos,
ni las manos de un buen hijo
para cerrarle los ojos!”

(Magdalena, que se ha ido acercando al grupo, sigue con ansiedad indecible las palabras de Valdés, tremendas en esta circunstancia. Al acabar, horrorizada por la maldición del propio don Diego, no puede reprimir un grito del alma, rechazándola.)

MAGD. ¡No!

(Rapidísimo; su propia voz hace que se dé cuenta del desvario en que está: se calla bruscamente; se ampara de don Diego, que acude a ella dominándose.)

D. DIE. ¡Magdalena!

BRACA. *(Los demás, un poco desconcertados, cambian miradas entre sí.)*

¿Qué os pasa,

señora?

D. DIE.

La fuerza ha sido

de la visión, que la ha herido;
(Dando una explicación en voz natural, tranquilo.)

porque hay un hijo en la casa,
 Bracamonte.

BRACA. ¡Y bien nacido

será, que habiendo tenido
 en vos padre tan cumplido,
 tal madre en vos, noble dama,
 por fuerza que habrá bebido
 savia del árbol la rama!

(Mientras Bracamonte pronuncia estas palabras, todos se habrán puesto en pie. Don Diego mantiene cogida a su mujer, que poco a poco se reporta; al terminar sus palabras Bracamonte, se separa Magdalena de don Diego y se le ve a él luchar por ampararla todavía.)

D. DIE. *(A Magdalena.)*

¿Ya estás confortada?

MAGD. *(Decisión solemne; mirándole a los ojos fijamente.)*

¡Sí!

(Se aparta de él y ya no vuelve a formar parte del grupo; suena lejano, pero perceptible, el redoble de un tambor.)

BRACA. *(A don Diego.)*

Y con esto os dejaremos,
 capitán, que no podemos
 permanecer más aquí.

D. DIE. *(Desencantado.)*

¿Tan pronto os vais?

VALD. El redoble

de este tambor, en el prado
 nos convoca.

GAYT. Ya ha llegado

la hora de las gracias, noble
 señor.

(Le estrecha las manos.)

VALD. *(Con sinceridad.)*

Hallaros, don Diego,

para separarnos luego,
no es gusto, es tristeza doble.
(Le estrecha las manos; con galantería, siempre cortés.)

—En Leyden, de fijo, habrá
un estandarte altanero
que arrancar, con el acero,
de la torre donde está.

Pues, por vuestra dama va:
si bien le arranco, os le traigo;
y si en la contienda caigo,
¡bien empleado estará!

(Vuelven a estrecharse las manos, que han tenido unidas todo el rato, y don Diego le pone la suya en el hombro, amistosamente. Valdés, inclínase caballerosamente ante Magdalena. Todos hacen lo mismo, sin pasar a más, porque la actitud y reserva de ella les detiene el gesto. Van hacia la puerta del fondo. Don Diego les acompaña, medio abrazado a Valdés y rodeado de todos, que le muestran una viva cordialidad.)

BRACA. ¿Pero de cierto os quedáis,
capitán?
(Don Diego hace que sí con la cabeza.)

¡Dadme otro abrazo!

GAYT. ¡Y a mí!

VALD. ¿No os determináis
a venir?

D. DIE. Es corto el plazo.

VALD. Fijadlo: si vos mandáis,
duerme el tercio en el ribazo.

D. DIE. No.

BRACA. ¡Gloria os brindo: pensad!

D. DIE. No.

VALD. ¡Viene, en nuestra hermandad,
por ley y por cifra sola,
la locura, la mitad
de la razón española!

D. DIE. ¡Basta!

BRACA. ¡Al redoble segundo,
pensad que hemos de arrancar,

y ya no es seguro dar
con nosotros en el mundo!

D. DIE. *(Casi empujándoles.)*

¡Adiós!

BRACA. *(Volviendo a saludarle y los demás, menos los soldados, que han salido ya.)*

¡Adiós, si queréis!

D. DIE. *(A Gaytán, que es el más joven.)*

¡La suerte os proteja, noble

Gaytán!

GAYT.

¡Con ella os quedéis!

VALD.

((Abrazándole ahora.)

Lo dicho: plazo tenéis
hasta el segundo redoble.

¡Sois bravo; ésta es tierra extraña;

no olvidéis, cuando en su saña

la vida una carga os sea,

que morir en la pelea

es morir dentro de España!

(Forman grupo y salen; por un momento les mira don Diego alejarse; luego abandona la puerta. Sombrio, se sienta en un sillón. Magdalena lucha un instante; inclinándose a su espalda, con voz ternísima, dice:)

MAGD.

Diego, ¿por qué no confías
en mí?

D. DIE.

Magdalena...

MAGD.

(Poniéndole la espada en la mano: el rostro horriblemente contraído.)

¡Acaba

de sufrir!

D. DIE.

¿Y tú?

MAGD.

Si un día

te hieren, Diego, y no hallas

quien, para lavar tu sangre,

tenga bastante en sus lágrimas,

bien recordarás las manos

que en un tiempo te curaban.

D. DIE.

(Como si quisiera abrazarla.)

¡Magdalena!

MAGD.

(Con horror.)

- ¡No me llegues,
que las fuerzas me faltaran
para separar mis brazos
si se juntan en tu espalda!
- D. DIE. ¿Pues esto qué es, Magdalena?
Si a ti te hiere y me mata
a mí, ¿qué rayo de Dios
es, en mi mano, esta espada?
- MAGD. ¡Esta es la vida, que puede
más que el amor, más que el alma,
Diego!... Nuestras voluntades
cenizas son, y ella es brasa.
- D. DIE. ¡No!... ¡Yo no quiero que sufras!
- MAGD. ¿Y, con quedarte, evitaras
mi sufrimiento, y yo el tuyo,
viendo la muerte en tu cara?
Se te llevaron al campo
la vida que te quedaba;
corre, si te quedan fuerzas,
de nuevo al campo a buscarla.
- D. DIE. Yo olvidaré...
- MAGD. *(Interrumpiéndole enérgica.)*
¡Tú no puedes
olvidar ni te dejaran
olvidar, si tú quisieras,
todo el peso de esta casa,
toda la gente a tu lado,
todas sus voces diarias,
toda la sangre que tienes,
todo el fuego que la arrastra!...
*(Tumulto lejano: una voz, la de Mander, se
oye desde lejos.)*
- MAND. ¡Raza de verdugos!
- D. DIE. *(Transición brusca.)*
¿Qué?
(Se vuelve para escuchar; por la parte exterior de la puerta, lado derecho, asoma Juan Pablo, María Berkey, algún aldeano, hasta formar un grupo en el campo, delante de la puerta: a este grupo se incorpora luego Mander; todos hablan a gritos: en escena, don Diego y

Magdalena, con el gesto y la cara prosiguen su diálogo.)

MAND. *(Acercándose.)*

¡Meser Juan Pablo!

GRON. *(Tendiendo el brazo para señalar un punto del espacio donde se dirigirán todas las miradas.)*

¡Son llamas!

JUAN. *(Con indignación, que irá creciendo en toda esta breve escena, hasta provocar el apóstrofe final.)*

¡Furia española! ¡Incendiaron, antes de salir, las casas que les dieron hospedaje!

POT. ¡Arde la aldea!

MAND. ¡Así caiga

lluvia de fuego en vosotros para exterminaros!

POT. ¡Vayan

sedientos por un camino y aborte sierpes el agua!

JUAN. El humo negro que dejan detrás de ellos les apaga el sol de sus glorias: ¡sombras de muerte cúbrente, España!

MAND. ¡Maldición!

MAGD. ¿Olvidarás?

D. DIE. ¡Todo ha acabado!

(Yendo a ella.)

MAGD. ¡No, aparta!

D. DIE. *(Después de luchar, muy rápido, la besa en la frente.)*

¡Sí!... ¡que es el último acaso!

¡Dios nos deja; tenme, espada!

¡La fatalidad lo quiere:

soy español, y me arrastra!

(Entre el tumulto de los de afuera, que gritan; llegando a ellos con un gesto.)

¡Paso!

(Se vuelven; conmoción. Don Diego pasa entre todos con la espada en alto y desaparece.)

MARIA. ¡Hijo mío!

- JUAN. ¡Ya ha muerto
para ti! Tierra, arrancada
de su tierra, ahora se junta,
que en el hoyo ha de hacer falta.
- MART. ¡Ya no se le ve!...
- MAND. Ya brilla
su espada en alto, a las llamas
que los suyos encendieron...
- MART. Tropiezan con él...
(*Suena el redoble de los tercios muy lejano.*)
- JUAN. (A su mujer, que llora.)
¡Aparta!
(*Unos momentos antes ha aparecido Albertino
en la puerta del jardín; se para, no entendiendo
lo que ocurre; ve en esto llorar a su madre;
corre a ella.*)
- ALBER. ¡Madre!... ¡madre mía!... ¿lloras?
(*Las flores se le caen en el camino; las últimas,
al abrir los brazos para echarlos al cuello
de su madre, caen a los pies de ambos.*)
- MAGD. ¡Hijo mío!... Calla... calla...
- ALBER. ¿Dónde está padre?... ¿Te deja
llorar?...
- MAGD. ¡Hijo mío... calla!
- JUAN. (A Magdalena.)
¿Y lloras por él?
- MAGD. No mires
con indignación mis lágrimas;
no son de ninguna tierra,
padre mío... ¡Son del alma!
(*Se abrazan; lloran Groninga y María Berkey,
acercándose al grupo; los demás permanecen
en el fondo. Todavía, lejanísimo, redobla el
tambor de los tercios.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

L A P A Z

La misma decoración del acto segundo. Cae la tarde. En escena Juan Pablo, Martín Frobel y Potter junto a la puerta del campo. Mander, hablando con María Berkey y Magdalena que, por apartarse de la conversación, hace grupo con Albertino.

JUAN. Ve tú, con buen tiento, Potter,
a lo que tengo mandado;
tú acompañaale, Martín,
y en tu prudencia descanso.

MART. Y haces bien, que, según son
los tuyos, hoy son mis ánimos.

JUAN. No olvidéis que, como viene,
más que vencido, domado,
ni estarán en su sazón
reticencias ni entusiasmos;
tratadle como quien es,
dadle apoyo, abridle paso;
si está herido, hacedle cura;
si lo ha perdido, un caballo
procuradle.

(A Potter.)

Y tú, sé en todo,
que yo lo quiero y lo mando,
para recibirle, amigo;
para servirle, criado.

Se hará así.

POT.
MART.

¿Le encontraremos?...

JUAN. En la aldea; Mander trajo
noticias que llegó allí
con su tercio destrozado.
Dicen que los tercios mueven
lejos de Flandes el paso;
si Diego aún queda con ellos,
es que recela en su ánimo,

- y no quiero que a una casa
que es suya, pues llega honrado
con su dolor, la sospecha
le tenga, al llamar, la mano.
- MART. Descuidad.
POT. *(Exagerando.)*
Le haremos tales
demostraciones de agrado,
que él se deje, haciendo vía,
un recelo en cada paso.
- JUAN. Así es mi gusto.
MART. Y así
la voluntad con que vamos;
descansa en ella.
- JUAN. Traedle:
no desea más Juan Pablo.
*(Salen; Martín Frobel, amonestando a Potter,
en cuyo brazo se apoya; queda Juan Pablo un
rato a la puerta viéndoles alejarse.)*
- MAND. ...Y me han dicho, la Berkey,
que torna extraño; sospechan
si le han trastornado el seso
los reveses de la guerra.
- MARIA. *(Crédula, con susto.)*
¡Señor!
- MAGD. El es hombre, Mander,
singular en lo que piensa,
y así no es fácil que todos
los que le escuchan le entiendan.
(Volviendo a Albertino; desdeñosa.)
Albertino, sube a ver
de la terraza la senda,
y al verle llegar de lejos,
dame un grito y hazme seña.
(Albertino penetra en la casa. Mander insiste.)
- MAND. Según son vuestros apremios,
doíme a pensar, Magdalena,
que mucho bueno esperáis
de esta vuelta de la guerra.
- MAGD. ¿No esperáis lo mismo vos?
- MAND. No; yo vi a Diego en la aídea.

Ya no es el de aquella tarde,
 cuando, abriéndome la puerta
 de la casa, me arrojó
 tan villanamente de ella;
 hoy es mi día; hoy se ajustan
 todas en su mal las cuentas.
 Magdalena—hoy os lo digo,
 tal vez nunca os lo dijera—,
 tanto como vos le amáis,
 yo odié a don Diego en la tierra;
 y acaso esté en vuestro amor
 la razón que a mí me mueva.

MAGD.

(Con dignidad.)

Mander... ¿a qué publicar,
 si se adivinan, bajezas?
 ¡No habla la serpiente, y rastro
 por donde pasa nos deja!

MAND.

(Cinismo frío.)

Como queráis. —Hoy termina,
 de todas suertes, la guerra—.
 Vos con amor, yo con odio,
 veremos hoy quién acierta.
 Esta casa y este asilo
 que le disponéis en ella,
 veréis si una herida sólo
 de las que le han hecho, cierra.

MAGD.

(Volviéndole la espalda.)

No os puedo escuchar.

MAND.

Dejadme.

Ya escucharéis, Magdalena,
 cómo él os pide la muerte
 por piedad; la muerte aquella
 que yo no le di en el campo
 porque me faltó la diestra.

*(Sonriendo cínicamente, a Juan Pablo, que con
 María Berkey estará en el fondo, hablando en
 voz baja.)*

Decid... ¿no encendéis, Juan Pablo,
 esta noche las hogueras
 para festejar el triunfo?
 ¡Toda Flandes hace fiesta!

- JUAN. *(Con dignidad.)*
 Olvidáis que ésta es la casa
 de un español; si yo en ella
 me encuentro, es para mostrar
 cuánto me obligan noblezas
 que conmigo se tuvieron
 en los días de la guerra.
- MAND. ¡Hidalgas hizo el hidalgo
 del Brabante las maneras!
 ¡Dolor que rechace Flandes
 la tiranía extranjera,
 cuando ya está dando España
 tales frutos de nobleza!
- JUAN. ¡Mander!
- MAND. ¡Os trocaron todo,
 Juan Pablo! Ya en vos no queda
 ni una gota de la sangre
 que debéis a vuestra tierra.
 ¡Alzad la frente; yo os traigo
 lumbre para las hogueras!
- MARIA. ¡Juan Pablo!
- JUAN. Mander, no os vale;
 id por las cabañas éstas,
 que todas ellas el triunfo
 con luminarias festejan.
- MAND. Como gustéis.
(Va a salir, sonriendo irónicamente; como un reto añade:)
 Volveré
 cuando él torne, Magdalena:
 que, aunque ni vos me estimáis
 ni él mis saludos espera,
 quiero yo ver, por mis ojos,
 cuánto logran, qué aprovechan
 los milagros del amor
 para acabar una guerra.
(Juan Pablo ha bajado la cabeza; María Berkey respira y va a cerciorarse de que Mander ha salido. Magdalena permanece serenamente fría.)
- ALBER. *(Desde lo alto.)*

Cae la tarde... y desde aquí
ya no distingo el sendero.

MAGD. ¿No le ves si viene?

Aún no.

MAGD. Pues llega un momento.

(A sus padres, que estarán en el fondo.)

Quiero

colgarle al cinto su espada,
que habrá de halagarle a Diego;
no la ha tenido en sus manos
desde aquel día funesto.

ALBER. *(Apareciendo en la puerta grande.)*

Madre...

MAGD. Llega aquí, Albertino.

*(Coge una espada que habrá, con su cinto •
banda, sobre la mesa, y la ciñe a Albertino; le
contempla a su sabor un instante y añade:)*

Día es hoy que nos debemos
al que regresa los dos;
acostumbra el pensamiento
a que brote de él, lo mismo
que agua manantial de un cerro;
haz tus manos a llevar
la mitad de los empeños
que él quiso entregar al mundo
y en el mundo no cupieron;
piensa que te ha dado, al darte
sangre suya, en don de fuego,
con el regalo del nombre,
la obligación de los hechos;
no olvides que los linajes,
si toman carne en el cuerpo,
sólo el alma es quien al cabo
les viene a poner el sello;
piensa que eres agua, y cauce
donde correr, su recuerdo;
que eres fuerza, pero de él
partió el impulso primero;
que los hijos, de los padres,
si toman el pensamiento,
se arman para continuar

la obra de Dios en el suelo;
 que sólo, en este pasar
 de un mismo nativo empeño
 a los hornos de los hijos
 desde el hogar de los viejos,
 deja de ser humo y aire
 y es eternidad el tiempo...
 Cuando le veas entrar,
 llega tu rodilla al suelo,
 que un padre, si no es Dios mismo,
 para un buen hijo, es su templo;
 pon en sus manos tus labios,
 que aunque más pida tu pecho,
 tu cariño será doble
 si se viste de respeto;
 escucha mucho, habla poco,
 pide nada, te da entero,
 y queda, en mi bendición,
 de la gracia de Dios lleno,
 ya que es para ti, este día
 que él regresa y yo le espero,
 el primero de tu vida
 después de tu nacimiento.

(Le bendice con las manos puestas sobre su cabeza y le abraza luego; en este mismo instante suenan, detrás de las bardas, las voces de don Diego y los ayes y quejas de Potter.)

D. DIE. *(Dentro.)* ¡Villano! ¿Pretenderás
 engañarme a mí, villano?

POT. ¡Señor!

D. DIE. *(Ya en la puerta, pero a medias, vuelto de espaldas.)* ¡Decirme que no
 me vencieron en el campo
 porque piensa que no sé
 soportar mis descalabros!
(Levanta su espada, que trae en la mano, contra Potter, que huye.)

¡Vive Dios!...

(Acaba de dar la vuelta, encogiéndose de hombros; va a los suyos. En un grupo los dos ancianos: Juan Pablo, con su gorra de pieles en

la mano; María Berkey, sonriéndole y casi tendiéndole sus brazos; Magdalena, con el rostro contraído de dolor, hierática; el hijo, sin comprender, atemorizado.)

¡Ah! ¿Me esperabais?

Doime prisa, abrevio el paso.

(Llega hasta Magdalena, a la que bruscamente, y casi sin mirarla, tiende su espada.)

Cuelga de un garfio esta espada, pero cuélgala bien alto; que, aunque rodé y me han vencido y ya no es mía, el villano que pretenda descolgarla ha 'e tener largo el brazo.

(Magdalena toma la espada que le entregan, y, sin mirarla, la deja sobre la mesa. Ella, con toda el alma en los ojos, sigue a Diego, que ahora está delante de su hijo. Albertino pretende arrodillarse; don Diego, con un arranque, grita.)

¡A mis pies no, que te humillas!

(Le obliga a levantarse y le abraza forvorosamente; se vuelve a Magdalena y sonríe; desde este momento se humaniza y se va quebrando la máscara de su rostro; ve a los viejecitos en el fondo: con frialdad ceremoniosa.)

Buena mujer, noble anciano...

(Mirando a todas partes.)

¿No quedan más?... ¡Pocos sois, para lo nuevo del caso!

MARIA. *(Tendiéndole aún los brazos.)*

¡Hijo!... ¡Diego!... ¿No me ves?

JUAN. *(Severo, amargado, empujando a su mujer para que entre con él en la puerta pequeña.)*

María... silencio... vamos... *(Salen los dos.)*

MAGD. *(Dolorida, llegándose a don Diego.)*

Diego, son mis padres... ¿Fueron tan funestos estos años que te olvidaste?...

D. DIE. Aún recuerdo

la airada voz del anciano,
y, como me dió por muerto,

me extraña verle a mi lado...

¿Murió él también?...

MAGD. ¿Por qué finges,
Diego?... ¿Qué hay vil en mis brazos,
que te los tendí al llegar
y sólo una sombra hallaron?

D. DIE. ¿Pues esperabas tú luces,
si vuelvo con el ocaso?

MAGD. Diego: en tu presencia, nada
siento que me muerda el ánimo;
de nada acusarme puedes;
sobre mi tierra te he amado;
sobre mi casa y mi gente,
puse mi vida en tus manos.

¿Mereció mi lealtad,
a tu regreso, este pago?

Si finges con los demás,
si pones hielo en tus labios
para que nadie, por ellos,
entre en ti, que eres sagrado,
la puerta que a otros les cierras,
¿no habrán de abrirla estas manos?

D. DIE. No me pidas que concuerden
las palabras de mis labios
con el horror de mi vida,
Magdalena. No inventaron
palabras tan espantosas
los mortales.

MAGD. Ni reclamo
que tus dolores me cuentes;
me basta a mí adivinarlos.
Quiero que, al llegarme a ti
para enjugar con mis manos
tus lágrimas, no las quemes
con el fuego de tus párpados;
quiero...

*(Se ha acercado a él: le ha puesto una mano
en la espalda. Don Diego se estremece: le coge
la otra mano: confidencial, precipitado, leal,
temblándole la voz.)*

D. DIE. Magdalena, ha sido

la tragedia un sueño malo...
 No sé si he muerto o si vivo
 todavía... Nos llegamos
 a esta guerra los de España
 que, en tres meses, caminando,
 por tres reinos, con la espuela
 polvo español levantamos.
 Salimos... y, por merced,
 la Europa nos abre paso;
 que, como somos mendigos,
 nos dejan ir mendigando...

MAGD. Pero tú, que el corazón
 te dejaste entre mis brazos,
 por una senda de flores
 vuelves, glorioso, a buscarlo.

D. DIE. Pero, como era, al partirme,
 de dos mundos soberano,
 y hoy, al pisar un sendero,
 me obligo a un dueño, pisándolo,
 no estoy hecho a ser tan poco
 después de haber sido tanto;
 quiero cubrir con palabras
 el vacío en que me hallo;
 para esconder que me falta
 la espada, agrando mi manto;
 el gesto no he de agrandarle,
 que, como estaba en mi mano
 el mundo, aunque él ha caído,
 la mano quedóse en alto...

MAGD. ¿Por qué si es ello verdad,
 Diego mío, y no has cambiado,
 respondiste con desdenes
 cuando mis padres te hablaron?

D. DIE. Es verdad, estuve duro,
 Magdalena; he de enmendarlo.
 ¿Tú no sabes que hace días
 me atormentaba este paso?
 ¿Tú no sabes que sentía
 vergüenza de llegar, falto
 de laureles, destruído,
 sin nombre, como un villano?

ALBER. ¡Yo más!

D. DIE. *(Sacando con cierta prisa y como con miedo que le sorprendan, un libro envejecido y sucio, que traerá bajo el jubón de soldado.)*

Toma, Alberto,

el solo botín que traigo:
a un gran demonio alemán,
rematándole en un saco,
al darle un golpe en el pecho,
se lo arranqué de las manos;
muriendo, gritó: "Esta vez,
con éste sólo has luchado;
por eso no bastó el hierro;
si tienes un hijo, dáselo."
Pensé en ti, pensaba siempre,
y en mi jubón te lo traigo.

ALBER. *(Tomando el libro y apretándole contra su pecho.)* ¡Gracias; más lo estimo, padre,
que un laurel!

D. DIE. No vale tanto.

Y este acero de este cinto,
si un día has de desnudarlo,
para que en su punto sea,
mira al mundo, no a tu brazo.

(Aparecen en la puerta pequeña Magdalena y los dos viejos; al verles, se hace atrás Diego y, mirando a ellos y mirando luego a su hijo, sigue diciéndole de modo que le oigan todos.)

¡Tú, Felipe Alberto Acuña
de Carvajal... y Godart!
¿Cómo esta casa, que es tuya,
pues que de mí la tendrás,
hoy, cuando celebra Flandes
triumfos que le traen la paz,
callada y desmantelada
y muda y cerrada está?
Piensa que eres el primero
de un linaje, en marcha ya,
en que la sangre de Flandes
mezclada a mi sangre va;
linaje que es, tras las quiebras

de un estéril batallar,
 la sola flor en que, unidos,
 los dos reinos vivirán...
 Quiero que esta casa tuya
 esta noche haga temblar
 toda la pradera en danzas,
 todo el aire en un coral.
 Busca amigos, junta mozas,
 tráeme lumbre, haz festival,
 que tienes sangre de Flandes
 y yo no la puedo odiar.
 Si, para la empresa, manos
 te hacen falta, búscalas...
 ¡Mira si, pidiendo bien,
 las tuyas te quiere dar
 este anciano, al lado mío,
 gran patriarca, hombre leal,
 de donde arranca tu sangre
 brabanzona de Godart!

JUAN. *(Sin poder contenerse, a don Diego.)*
 ¡Hijo!

MARÍA. ¡Diego!
 D. DIE. ¡Padres míos!

(Hacen grupo abrazados.)

JUAN. *(Terminado el abrazo, teniéndole aún las manos. Magdalena, María y Albertino se apartan.)*

¡Esta sí, al fin, es la paz;
 que entre tus brazos, los años
 de la guerra se me van!

D. DIE. *(Atrayéndole más a él; queriendo halagarle.)*

¡Viejo mío!... Y traigo empeños
 que entre nosotros se harán...
 Desde mañana empezamos,
 yo a plantarte y tú a pintar
 una brava efigie mía
 para la posteridad...

Yo a caballo, en una cumbre
 tan alta y extrema ya,
 que las dos piernas del potro
 casi en el vacío están...

Ancho fieltro y noble pluma,

peto en punta y espaldar
 y una banda sobre el peto
 que le aumente majestad.
 El brazo ha de estar tendido,
 que es gesto de dominar;
 nubes cercándome; un aire
 de inmóvil eternidad,
 y abajo, a mis pies, el polvo
 que hizo mi potro al trotar:
 un mundo que he dominado
 y que se evapora ya...
 ¿Queda entendido?

JUAN. *(Sin comprender del todo.)*
 Sí, queda;
 y mis pinceles están
 a tu servicio.

D. DIE. ¡Mañana
 lo empezamos a pintar!...
 Ahora, a preparar la fiesta,
 que Albertino aguarda ya.
*(Salen Albertino, Juan Pablo, María, y desde
 este momento empiezan a oírse voces afuera.
 Diego les sigue un rato con la mirada. Magda-
 lena pasará a colocarse junto a la mesa. Sin
 verla, con un brusco decaimiento, dice aquél.)*
 ¡Solo!... ¡No me entiende nadie!...
 ¿Qué espero para acabar?
*(Inicia un paso rápido, como de quien ha to-
 mado una decisión extrema.)*

MAGD. *(Saliendo al encuentro.)* ¡Diego!
 D. DIE. *(Cordialmente, cogiéndose a ella como a la úl-
 tima tabla en un naufragio.)*
 ¡Magdalena!

MAGD. ¡Estamos
 solos, Diego! No hay razón
 que calle tu corazón
 en lo que los dos digamos.
 Desesperado y vencido,
 tanto tu ánimo ha podido,
 que al llegar tú, todavía

en tus manos has traído
para todos alegría...
Los mismos que te vencieron,
en tu grandeza has vencido,
Diego; pero ellos no vieron,
cuando gozosos partieron,
que quedabas malherido.
Lo veo yo, y aunque cuidas
de esconderme tu aflicción
con tus sonrisas fingidas,
te estoy viendo el corazón
a través de tus heridas.

D. DIE.

¡No!

MAGD.

(*Esperanzada.*) ¿Me engaño?

D. DIF

No hay razón,

puesto que solos estamos,
para que, en lo que digamos,
disimule el corazón.

Había un deseo en mí,
Magdalena; de él cogí
voluntad para tornar,
y aquí quería llegar
para colmármelo aquí.

MAGD.

(*Adivinándole.*) ¿La muerte?

D. DIE.

La deseaba,

Magdalena, y no la temo;
cuando más agrio luchaba,
la quería y la esperaba
como un descanso supremo.

MAGD.

¡Diego mío!

D. DIE.

Y ha un instante,

cuando los demás se fueron,
veleidades me cogieron
de no seguir adelante.

MAGD.

¡Diego!

D. DIE.

Pero hablaste; oí
tu voz, Magdalena, y creo
que renacer me sentí;
tanto pudo en mí el deseo,
que me ha traído hasta aquí.
Magdalena, yo quería

morir; pero al expirar,
entre tus manos dejar,
como un don, el alma mía.
Y, al llegar a hacerte el don
que reservé a este momento
con el alma mía, siento
que va a ti mi corazón.

(Tomándole las manos, con infinita ternura.)

Manos que cuando curaron
por vez primera mi herida,
de la sangre que tocaron,
rosas de tuego sembraron
por las sendas de mi vida:
si a tantos gestos humanos
yo respondí con las furias
de mis odios castellanos,
hoy, que las beso, estas manos,
¿olvidarán mis injurias?

*(Ella misma levanta sus manos hasta los labios
de don Diego, que las besa; Magdalena sonríe.)*

Al final de la refriega,
mi alma ardiente, mi alma ciega
torna humana

y a ti y a tu hijo se llega:
tú mi vida, él mi mañana,
¡el hogar y la ventana
de mi casa solariega!

Llamo a la puerta rendido...

MAGD. Mi mano te abre, al entrar.

D. DIE. Llego trocado y herido.

MAGD. Mi mano sabe curar.

D. DIE. El sueño con que, al marchar,
soñé, se ha desvanecido...

MAGD. ¡Mi mano lo ha recogido
para volvértelo a dar!

Diego mío castellano,
mientras reñías lejano,
te he guardado, en el hogar,
lumbre, flores que cortar,
lecho para reposar,
quieta paz, huerto lozano,

- un libro para rezar,
un corazón para amar;
¡todo lo que está en mi mano!
- D. DIE. Magdalena, al regresar,
me parece despertar
en ti, de un delirio insano;
¡dame fuerzas con que entrar
segunda vez en lo humano!
Acostúmbrame a olvidar,
acompañame a esperar,
y, aún si me ves vacilar,
¡no me dejes de tu mano!
*(Se hace precisa en este momento una música
que desde hace un rato sonaba lejana.)*
- MAGD. *(Escuchando.)* ¿Este son?...
D. DIE. *(Complacido.)* Oye... es la fiesta.
MAGD. ¡Qué bien se une y se acomoda,
serenando el alma toda,
la música de la orquesta!
(Escuchan los dos un instante.)
- D. DIE. *(En voz baja.)*
Di, Magdalena...: ¿no es ésta
la que sonó en nuestra boda?
- MAGD. ¡Grande era, Diego, el contento
que mi alma entonces sentía;
pero yo no trocaría
por aquél, este momento!
- D. DIE. Yo sí; que en aquél lucía
con luz rosada la aurora,
y esta sangrienta de ahora
anuncia que ha muerto el día;
que ya mi Imperio español
se deshace...
*(Sigue al son de la orquesta el barullo precu-
sor del festejo. La escena está oscura; vense las
caras, gracias a un farolillo que alumbrará la
puerta grande y que habrá encendido la Gro-
ninga cuando salieron los viejos.)*
- MAGD. No, mi Diego.
D. DIE. Cuando mi sol era fuego,
en Flandes se ha puesto el sol,

- MAGD. *(Con una exaltación casi profética.)*
 ¡Alienta!... ¡El amor te llama,
 Diego mío, a salvamento,
 y el amor es como un viento
 que en el rescoldo hace llama!
- D. DIE. *(Renunciando; escéptico.)*
 ¡Cenizas de empeños vanos
 caen de estas manos, señora!
- MAGD. ¡Pero quedan otras manos
 hechas de rosas de aurora!
(Suena griterío de la fiesta y se ve un pequeño resplandor flotante detrás de las bardas.)
- ALBER. *(Gritando mucho, acercándose rápido.)*
 ¡Abridme, abridme camino,
 que sólo mi antorcha espera,
 para encumbrarse, la hoguera!
- MAGD. *(Con una inspiración, yendo al fondo.)*
 ¡Albertino, aquí, Albertino!
(El pequeño resplandor de la antorcha se acerca más; de un salto, se encarama Albertino sobre las bardas y aparece su carita alegre, sonriente, marcada en rojo relieve por el fuego de la antorcha que lleva en la mano. Magdalena a Diego, transfigurada, diciendo con el gesto toda la promesa.) ¡Mírale!
- ALBER. ¡Padre, yo soy
 el de la lumbre este día,
 y por ti a encenderla voy,
 y ella traerá la alegría,
 y de la noche hará día!
 ¡Padre mío, madre mía,
 cuando la luz destriándose ría,
 pensad que en ella riéndome estoy!
(Desaparece y comienzan a prender y crujir las hogueras.)
- MAGD. ¿Has oído, Diego?
- D. DIE. ¡Sí!
- MAGD. ¿No parece una visión?
- D. DIE. *(Tomando la mano de ella y apretándola contra su pecho.)*

¡Tu mano en mi corazón
que quiere estallar en mí!
(*Se hace una enorme claridad que llena la escena. Las gentes que toman parte en la fiesta llegan hasta la puerta, y algunas entran en escena para ver a Diego y Magdalena.*)

JUAN.

(*Desde la puerta, gritando.*)
¿Veis, de aquí?

MAGD.

Sí, vemos bien.

D. DIE.

¡Todo!

POT.

¡Si salís afuera,
veréis toda la pradera
y a los que danzan también!

MARIA.

¡Salid!

MAGD.

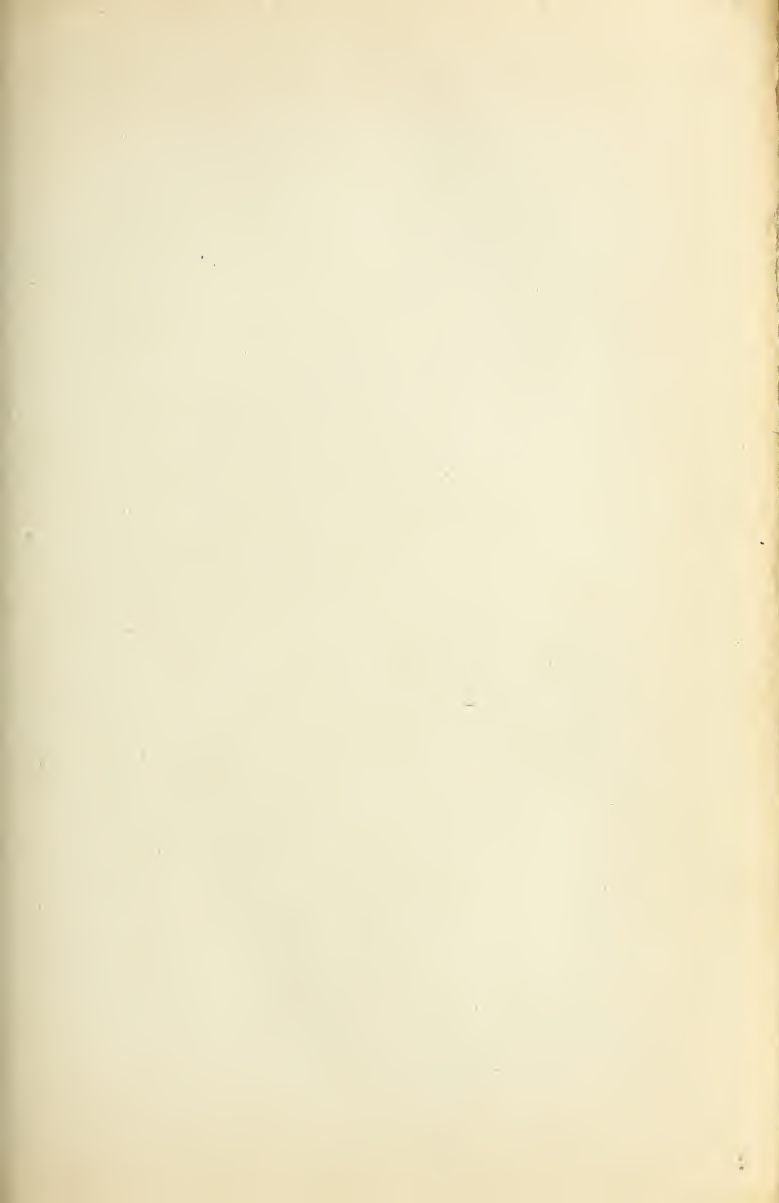
¡No!

MARIA.

(*A Juan Pablo.*) De aquí no ven
sino la luz de la hoguera.

D. DIE.

Desde aquí ve mi deseo
lo que otro ninguno ve;
porque el infinito veo
con los ojos de la fe.
¡Antorcha es mi espada rota
en tus manos, Albertino!
¡Alúmbrame ese camino
que vuelve de la derrota!
¡Así!... (*Albertino ha trepado al árbol con su antorcha en la mano todavía; se mantiene con la otra sujeto a una rama y parece jugar con el fuego haciendo farsas a los que están bajo el árbol, que rien.*) ¿No lo veis?... ¡Exijo
que le aclaméis!... En su mano
brilla un cetro soberano:
es de España, es castellano,
lleva la luz... ¡y es mi hijo!
(*Una aclamación enorme acoge las palabras de don Diego y celebra a Albertino, que responde agitando la antorcha. Magdalena y Diego lloran abrazados.*)





Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21
Teléfono 18244. — Madrid.